

BOLSILIBROS

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

las damas de la muerte remota

de CURTIS GARLAND



Levantó la pistola. Era un arma poco común. Un «Colt Special», calibre 45, muy peculiar, con cañón pavonado. El enorme silenciador, remataba con su maciza forma la colosal automática.

Aquella especie de cañón portátil hizo fuego.

El sonido del disparo no salió nunca. No es que el arma hiciera el típico «ploc» ahogado de un arma vulgarmente silenciada. Es que, sencillamente, no hubo nada.

Si acaso, el silbido de la bala en el aire. Un silbido tenue. Ni estampido, ni sonido ahogado, ni nada. Era el silenciador perfecto, total, absoluto. Las balas eran mudas, pero mortíferas.



Curtis Garland

Las damas de la muerte remota

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1262

ePub r1.0

Titivillus 10-12-2019

Título original: *Las damas de la muerte remota*
Curtis Garland, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



LIBRO PRIMERO

VACIO MENTAL

CAPÍTULO PRIMERO

MUERTE SILENTE

Levantó la pistola. Era un arma poco común. Un «Colt Special», calibre 45, muy peculiar, con cañón pavonado. El enorme silenciador, remataba con su maciza forma la colosal automática.

Aquella especie de cañón portátil hizo fuego.

El sonido del disparo no salió nunca. No es que el arma hiciera el típico «ploc» ahogado de un arma vulgarmente silenciada. Es que, sencillamente, no hubo nada.

Si acaso, el silbido de la bala en el aire. Un silbido tenue. Ni estampido, ni sonido ahogado, ni nada. Era el silenciador perfecto, total, absoluto. Las balas eran mudas, pero mortíferas.

En pleno corazón recibió la víctima el proyectil. Bajo el chorro vertical, la figura del hombre alto, de grises pupilas y rebeldes cabellos castaños, se estremeció con el choque.

El agujero se abrió, enorme, sobre su corazón.

—Muerto —dijo el «Colt Special», realmente especialísimo.

Asintió el único espectador del fusilamiento a bocajarro, con un suspiro apagado, casi apático.

—Si —convino—. Está muerto... Has matado a

M-31,

«Silencioso».

—No es difícil —señaló de pronto éste.

—¿Difícil? —El testigo del disparo, le miró, con expresión pensativa

—. ¿Qué?

—Matar a

M-31.

Fue incluso demasiado fácil...

—Claro —afirmó despacio el hombre, saliendo de su emplazamiento en la penumbra—. Fue muy fácil, teniendo aquí a

M-31,

a tu merced, «Silencioso»...

Caminó hasta donde yacía la figura del más eficaz de los Agentes

Especiales de la División de Seguridad Nacional del FBI: Brian Kervin, agente

M-31

de los servicios de Contraespionaje y Defensa Nacional de la Oficina Federal de Investigación.

Resultaba extraño el personaje, junto al platinado asesino, que disparara poco antes, contra el corazón de

M-31,

perforándolo limpiamente. Y resultaba extraño porque además de no tener un solo cabello en su calvo cráneo, pelado y brillante, junto a la corpulencia maciza del pistolero, contrastaba de forma grotesca su propia figura.

Aquel hombre era un enano.

Su estatura no excedería de cuatro pies y medio[1]. Era enjuto y de tez olivácea, aunque no tenía nada de original.

—Lástima... —continuó el enano, con aire pensativo, contemplando el cuerpo agujereado de

M-31.

Lástima que sólo se trate de una figura de cartón, con la fotografía de

M-31

a tamaño natural, ¿no es cierto, «Silencioso»?

—Lo mismo acertaré al verdadero —gruñó el albino, encogiéndose de hombros.

—Sí... Seguro que le acertarás igual —afirmó el enano. Repentinamente colérico, alzó la cabeza. Miró con rabia a su compañero—. ¡Pero para eso hará falta que Brian Kervin en persona, nuestro enemigo, el agente

M-31,

esté aquí pronto..., en carne y hueso!

—¿Lo duda? —rió «Silencioso», despectivo.

—Mientras no lo vea aquí, sometido e indefenso, sí.

—Llegará. Muy pronto —afirmó el albino.

—Es lo que tú dices. Pero aún no lo hemos logrado. Y M-31 sabe demasiado. *Demasiado*, «Silencioso». No podemos permitir que llegue a informar a alguien de cuanto sabe...

—¿De qué le serviría informar a nadie de nada? ¿De qué le serviría, incluso, llegar al FBI? ¿Qué puede decir ahora

M-31

a sus superiores, a sus camaradas federales, aun en el supuesto de que lograra establecer contacto con ellos? De nada. Absolutamente de nada, Inch [2].

Inch no dijo nada de momento. Luego, afirmó despacio:

—Sí, claro... ¿De qué serviría lo que dijera un hombre sin memoria? ¿De qué puede servir lo que hable alguien que, aunque sea conocido de todos, *ignora ahora quién es, cómo se llama, lo que debe hacer y lo que sabe?* ¿Qué puede hacer Brian Kervin en estos momentos, deambulando por la ciudad, perseguido y acorralado por nuestras agentes femeninas..., *si ya le ha sido robada la memoria?*

«Silencioso», por todo comentario, asintió con energía y se echó a reír, como dando el asunto por liquidado.

En ese instante, una luz roja parpadeó al fondo del salón. Inch miró hacia allá. «Silencioso», también. Ambos cambiaron una mirada, cuando tras un largo pestañeo, la luz roja emitió con intermitencias hasta tres golpes de luz breves, dos largos y otros tres breves.

—Es ella —dijo Inch, con una extraña, ronca alegría en su voz. Le brillaban malignamente los ojos acerados, glaciales—. Es Gold. Gold, que vuelve...

—Y vuelve con Brian Kervin —añadió «Silencioso», con un júbilo satánico—. Es la señal convenida. Ella vuelve con

M-31

en persona... Logró apresarle...

Inch miró el reloj, con un suspiro. Luego, meneó la cabeza, dubitativo.

—Se retrasó algo. Son las doce y veinte de la madrugada. Este asunto debería haber estado liquidado a las once. Pero de cualquier modo, bien está así. Dejaremos pasar a Gold. Y a su cautivo.

«Silencioso» llevó lentamente la mano a la nuca. Otra vez la zurda.

—¿Disparo?

—Sí —afirmó Inch con parsimonia—. Dispara, «Silencioso».

—¿Sobre Brian Kervin,

M-31?

—Sobre él, sí. Y también sobre ella, la chica Gold.

—¿De veras? —Pestañeó fríamente el platinado asesino.

—Sí. —Inch suspiró, inclinando la cabeza—. Son órdenes. Ella ha cumplido su misión. Ahora, debe morir junto a

M-31.

Obedece.

—Sí, Inch —afirmó «Silencioso»—. Claro que sí...

Se abrió algo en esa penumbra. Un rectángulo de luz, en medio de un sordo zumbido, cuando Inch accionó algún resorte en la mesa donde estuviera sentado antes, al hacer «Silencioso» las pruebas de tiro sobre la reproducción fotográfica de

M-31

a tamaño natural.

—Adelante, Gold —invitó Inch fríamente.

Dos figuras destacaron en el umbral. Una, era indudablemente femenina. Sólo una mujer.

La otra figura, era la exacta réplica de la fotografía anterior. Pero en carne y hueso. Era Brian Kervin. M-31 en persona, no en ninguna reproducción de papel...

—Dispara —dijo con cansancio Inch, como quien cumple con un deber molesto y aburrido—. Dispara a matar, «Silencioso»...

Dos silbidos era lo menos que merecían aquellas formas de mujer. Pero no había admiración en ninguno de ellos, sino muerte. Muerte para Gold, la mujer fantástica del cabello dorado. Muerte para su compañero y cautivo,

M-31.

Muerte para los dos.

Los dos cuerpos cayeron. Seca, bruscamente.

Inch suspiró, mientras «Silencioso» bajaba el arma que aún humeaba.

—Ya está —dijo el asesino de pelo plateado. Su rostro tenía una mueca gozosa, una evidente muestra de satisfacción, de orgullo de sí mismo—. Lo dije, Inch. Dije que lo haría. Como si fuera el maniquí. M-31 está muerto. El balazo le agujereó el corazón. Y lo mismo le pasó a Gold.

—Estoy seguro de eso, «Silencioso» —aceptó Inch—. Sabía que lo harías, si tenías alguna vez a

M-31

en persona, frente a tu arma. De cualquier modo, has matado a un autómatas. Pero es mejor así. Todos nos sentiremos más tranquilos. M-31 era un peligro. Era el único que *sabía*..., el único que averiguó...

«Silencioso» había atinado. Una vez más, como si tuviese ante sí reproducciones para tiro al blanco, y no seres vivientes.

M-31

tenía el orificio justamente sobre su tetilla izquierda. Negro, redondo, sangrante. Gold, también.

—Perfecto —suspiró Inch, con su habitual tristeza—. Muertos los dos... Ahora, a deshacerse de ellos en el triturador.

Un resorte fue presionado por su mano diminuta, de enano ridículo. En el suelo, bajo los cuerpos de Brian Kervin y de Gold, se abrió una doble compuerta metálica, deslizante. Los dos cuerpos cayeron a su fondo, pesadamente. Inch estudió atentamente la sima, en la caída. Luego, percibió el chapoteo sordo, allá al final. Sonrió, cerrando de nuevo la compuerta.

—Alcanzaron el curso de los residuos urbanos que van hacia el triturador —explicó, indiferente—. Dentro de un minuto, los dos cadáveres no serán más que pulpa triturada, simple líquido, mezclado con el resto de basuras de los colectores... Descansa en paz, M31. Se ha terminado tu carrera.

CAPÍTULO II

GOLD

A las once de la noche, el fugitivo había empezado a comprender que no tenía la menor oportunidad.

Hacía tiempo que se preguntaba el porqué de todo aquello. Sudaba. La americana la había perdido poco antes, en la lucha con aquel estúpido policía que, repentinamente, había querido disparar sobre él. Brian Kervin ni siquiera sabía que aquel policía pudiera atacarle. No había razón para ello. Pero lo hizo. Y él, milagrosamente, tuvo que pelear por salvar su vida. Desarmó al policía, peleó duro, y pudo escapar, tras herir de alguna importancia al agente uniformado. Pero en la pugna, él perdió también su americana. Y, con ella, todos sus documentos.

Resopló, enjugándose el sudor de nuevo. Miró a todos los lados, sin ver a nadie. Era como vivir perdido en un extraño planeta de formas metálicas incoherentes y absurdas, como férreos habitantes sin voz ni alma, sin movimiento ni calor.

Y la fuga continuó. Una rara, enloquecida fuga, sin perseguidores visibles.

Y huía. Huía, para no morir. ¿Qué importaba de qué estaba huyendo y por qué? Lo importante era salvar la vida, sobrevivir, eludir el peligro, aquel peligro que él ignoraba cómo era, de dónde vendría, pero que existía en alguna parte. O en todas partes, cerca de él...

* * *

Gold sonrió fríamente.

Eso sucedía a las once y muy pocos minutos. La sonrisa de Gold significaba su triunfo. Y el fracaso de Brian Kervin.

Gold era una chica bonita. Y despiadada. Por eso había aceptado la tarea. Su misión era concreta, simple y tajante: «Localiza a Kervin. Finge ser su amiga. Si confía en ti, llévalo contigo al Punto Cero. Si

desconfía... mátaló allí mismo».

Había hallado a Brian Kervin.

Era sólo el primer paso. Pero era el más importante.

Suspiró, bajando los poderosos, voluminosos prismáticos, que cerró con una presión ligera, convirtiendo aquellos enormes binoculares en una caja casi plana, negra y mate, que se ajustó dentro de su bolso, entre el forro y la piel exterior del mismo.

Con rapidez mental envidiable, Gold planeó el siguiente paso a realizar, una vez localizado Brian Kervin. Su descripción, su fotografía, le hacían inconfundible en cualquier parte donde se hallase. Pero eso no era todo. Desde que Brian Kervin había logrado escapar, solamente un factor existía en él que pudiera orientar a sus perseguidores hasta bloquearle toda escapatoria y volver a capturarlo, vivo o muerto: la Placa Magnética.

La Placa Magnética le había sido adherida muy hábilmente. Siempre se debía ser muy hábil con los hombres como

M-31.

Gold había sido dotada, como todas las demás cazadoras, de un detector magnético que captase las radiaciones de la Placa. Eso, en determinado momento, le había servido de orientación. Su detector vibró, avisándole de la proximidad de la Placa. Lo demás, había sido simple. Brian Kervin estaba al alcance de su mano...

Gold se puso en movimiento. Sabía dónde estaba Kervin. Le había visto con total nitidez a través de los prismáticos especiales. Allá, en las proximidades de aquel cinematógrafo al aire libre, sólo para automovilistas, donde la gigantesca pantalla de proyección mostraba las imágenes casi espasmódicas de un noticiario de actualidad, frente a la extraña acumulación de espectadores motorizados.

Brian Kervin no llevaba vehículo. Estaba bordeando las cercas del amplio recinto cinematográfico, buscando solo Dios sabe qué.

Regresó Gold al interior de su coche, un «Porsche» blanco, vertiginoso, que se lanzó por la carretera, directamente hacia el cine para automovilistas.

* * *

Los pistoleros se asomaron por las ventanillas del automóvil a toda

velocidad. Hicieron fuego. Crepitaron las ametralladoras, escupiendo salivazos de fuego. Gritó la gente. Se estremeció con el tableteo de las vertiginosas armas automáticas, todo el vasto conglomerado de coches con espectadores, en la explanada del cinematógrafo al aire libre.

Cayeron cuerpos ensangrentados en el asfalto: una mujer, un hombre, unos niños. El coche escapó por una esquina, con un largo maullido de neumáticos en el asfalto.

Luego, fue una pavorosa explosión que levantó un edificio público en mil pedazos, entre humareda, fuego y caos. Ante un micrófono de la NBC, un alto jefe militar norteamericano, afirmaba muy serio, con las imágenes de la explosión como fondo:

—Esto es sabotaje. Seguro que es un sabotaje provocado por los enemigos de América y de todos los pueblos libres...

Inmediatamente, en la enorme pantalla iluminada, la imagen cambió ahora, ofreciendo, con el estilo recortado y seco del noticiario, una imagen hartamente conocida de todos: la de Randolph Randall, joven y vigoroso, magnético y absorbente, bajo las grandes banderas de barras y estrellas, los cartelones y pancartas de la Convención de su partido, hablando con énfasis y vitalidad a través de un amasijo de micrófonos instalados en su estrado. Los vigorosos ademanes y manotazos de Randolph Randall, destacaban de forma impresionante en la gran pantalla.

Y, como un símbolo, un gran cartel, al fondo, con el emblema político de su partido, anunciaba a los espectadores del noticiario filmado:

«¡Ni asesinatos, ni sabotajes! ¡Nada de crimen organizado ni enemigos de la libertad infiltrados en este país! ¡Vota por R. R., y limpia América!».

Brian Kervin arrugó el ceño, meneando la cabeza con perplejidad. Hubiera querido saber, recordar, si él era partidario de Randolph Randall o no. La psicosis de elecciones presidenciales en el país, tenían que afectar incluso a un amnésico casi total como él...

De repente, vio a la chica.

Se había situado en primera fila del cinema al aire libre para

automovilistas. Iba al volante de un «Porsche» blanco.

Tenía abierta la portezuela. Le guiñó un ojo y le sonrió.

Kervin tuvo un instintivo gesto de retroceso, de recelo, de instintiva desconfianza. Ella se echó a reír y cruzó sus piernas, sin quitarlas del exterior de la portezuela abierta. No parecía interesarle nada de nada Randolph Randall, ni todo el noticiario.

Se llevó una bolsa de papel a la boca, y entonces supo que no mascaba goma, sino comida. Algo que llevaba en la bolsa, y que crujía entre sus dientes pequeños y blancos en este momento. Al masticar, exhibió inútilmente su afilada, rosada lengua entre los húmedos labios. Volvió a guiñarle un ojo.

—Ven —le dijo ella de repente, invitadora—. Estoy sola y aburrida. ¿No quieres ver la película en mi coche, amigo?

Brian Kervin se movió hacia el «Porsche» blanco. Ella le sonrió, alentándole. Kervin subió al coche. Ella se corrió de asiento, dejándole el volante. La falda se pegaba, ceñida a lo alto de sus muslos.

—Hola —le dijo ella sencillamente.

—Hola —respondió Brian.

—Me llamo Gold —dijo ella.

—Yo, Brian.

—Es suficiente. Tienes sed. Y apetito, ¿no?

—Sí, un poco.

—No olvides que también estoy yo aquí... —le sonrió, pestañeando tenuemente. Deslizó sus manos por las caderas, sinuosas—. Te espero, Brian.

El asintió. Saciada la sed, y apenas ingeridos dos bocados del emparedado, empezaba a sentirse un poco avergonzado por haber dejado a la chica en último término. Ella, ciertamente, no lo merecía.

Cuando se inclinó sobre Gold y la rodeó con sus brazos, esa impresión se confirmó sobradamente. No. Ella era lo mejor del manjar...

Se encontró con la boca húmeda de Gold, con su mirada de sensualidad, con el contacto electrizante de su cuerpo dócil...

Y también a Brian Kervin dejó de interesarle el noticiario. E incluso la película de largo metraje que comenzó después, pese a su sistema de *scope* y color.

CAPÍTULO III

LA MUCHACHA DE ORO

Brian Kervin reposaba inconsciente junto a ella. El «Porsche» devoraba millas por la autopista, hacia el Punto Cero.

Todo había sido fácil. Más fácil de lo que jamás pensara Gold. Parecía mentira que aquel hombre fuese

M-31.

Que hubiese sido alguna vez

M-31,

Agente Especial de la Oficina Federal de Investigación de Washington, Departamento de Seguridad Nacional.

Poco antes, era sólo un fugitivo desmemoriado, que apenas conocía otra cosa que su nombre, pero sin relacionarlo con ninguna otra circunstancia profesional o activa. Ahora, ni siquiera eso era ya.

Solamente un prisionero sin sentido. Solamente una víctima de sus argucias diabólicas. Gold sonrió satisfecha, acelerando más aún la marcha vertiginosa de su coche blanco.

Había triunfado. Tal y como ella había presentido desde un principio. Era la mejor de todas las cazadoras puestas tras la pista de

M-31.

La recompensa iba a ser muy elevada, estaba segura de ello.

Brian Kervin era muy atractivo. Gold podía ser una mujer despiadada y dura. Pero, antes que nada, era justamente eso: mujer. Le atraía aquel hombre nervudo, firme, musculoso, todo fibra, de tez bronceada por la práctica de deportes y ejercicios al aire libre, de cabellos oscuros, rebeldes, de ojos grises y penetrantes, ahora cerrados y dormidos.

Le dirigía frecuentes miradas de soslayo. Le hubiera gustado hacer algo por él, devolverle la memoria que ella sabía le había sido virtualmente *arrancada* por procedimientos que escapaban a su propio y limitado entendimiento en ciertas materias. Le hubiera gustado, un poco por el atractivo y la vitalidad magnífica del viril

Kervin, sacarle de aquel grave atolladero mortal. Y otro poco por ese instinto maternal inevitable en toda mujer, frente a un hombre indefenso, vencido, virtualmente aniquilado por un enemigo que no conoce la clemencia, ni la piedad.

Pero no podía hacer nada. Sólo conducirlo al Punto Cero señalado en el plan previo. Era su misión. Desobedecer, rebelarse, hacer algo por propia iniciativa, movida por sentimientos de humanidad, era sentenciarse a morir. Implacable, inexorablemente.

—Lo siento, Brian, cariño —susurró, extendiendo la mano izquierda, afectuosa, que acarició, con dedos suaves, muy femeninos, el rostro inmóvil del vencido—. Debo llevarte a tus verdugos. Tengo que hacerlo. O seríamos ambos quienes halláramos la muerte, sin alivio ni solución para ninguno de los dos...

Naturalmente, Kervin no podía responderle. La droga narcótica ingerida durante aquel apasionante encuentro en la penumbra cómplice del cinematógrafo para automovilistas, le había reducido a la total impotencia. Gold no había tenido que recurrir a difíciles y penosos procedimientos de inyección o cosa parecida. Nada de eso. Todo era más limpio, directo y rápido.

Bastó con tener en sus brazos a Brian Kervin, con entregarse a un aparente abandono junto al hombre arrogante, capaz de fascinar a cualquier mujer del mundo, por hermosa que fuese. Y, repentinamente, en el abrazo, oprimir contra el cuello del hombre los dedos de su mano derecha. Y en ellos la perla irisada de su anillo. Una perla que al leve contacto se quebraba cristalina, frágilmente... para derramar un invisible vaho azulino junto a la piel. Un gas tenue que, penetrando por los poros del cuerpo humano en contacto, como cualquier producto bacteriológico de tipo simpático, provocaba la parálisis inmediata y progresiva de los centros nerviosos de la persona, hasta un definitivo y gradual entorpecimiento de los sentidos, que terminaban en el natural desvanecimiento.

Gold se contempló ahora el bonito anillo de oro, huérfano de perla. La supuesta gema marina había cumplido su misión química. Brian Kervin había caído en el cepo. Lo demás, era sencillo ya.

Con algún retraso, pero con total efectividad y eficiencia, Gold volvía al Punto Cero con su víctima. Brian despertaría al llegar allí, bajo los efectos de una segunda droga. Pero rígido, indefenso,

inofensivo, incapaz de reaccionar contra nadie para salvar la propia vida.

—Lo siento... —volvió a repetir para sí, humedeciendo lentamente sus labios—. Si la vida no exigiera a cada persona unas obligaciones perentorias e inevitables, Brian querido..., tú y yo podríamos ser tan felices...

Fue cuanto dijo, antes de que el blanco y centelleante «Porsche» llegara a las proximidades del Punto Cero. Gold había sido siempre una muchacha hermosa. Pero también inteligente. Y despiadada. Porque la vida y los demás, a fin de cuentas, lo habían sido con ella también.

Por eso Gold no se apiadó ni siquiera de un hombre que tanto llegaba a atraerle, en especial después de la entrega fría y cerebral que había debido hacer de su ser, a aquel hombre señalado por quienes la pagaban tan generosamente en su extraña misión. Por eso Gold, la muchacha delincuente, la mujer fichada por muchos policías del mundo, en especial dentro de su propio país, la mujer ligada a asociaciones defectivas especializadas, como la denominada CLA o Criminal *Ladies* Agency, de Nueva York, debía olvidarse de su corazón, de su sexo y de sus apetitos, para pensar sólo en su labor de agente al servicio de alguien. Era su destino y su modo de trabajar. Nadie, ni siquiera un hombre como Brian Kervin, podía interponerse en su modo de actuar, siempre presidido por una lealtad, hacia el que le pagaba, digna de cualquier Mafia o asociación delictiva internacional.

Cuando detuvo el «Porsche» blanco, no pudo evitar una última expresión afectiva y humana, dedicada al hombre inerte que llevaba consigo. Preparó la droga que debía hacer de Kervin un autómata rígido, a merced de quienes le rodeaban. Pero antes de aplicársela, se inclinó y besó sus labios inmóviles.

—Creo que, en otras circunstancias, sería tan fácil amarte, Brian...

—Fue cuanto atinó ella a musitar.

Y luego, inyectó a Kervin la droga del despertar mecánico e impersonal.

CAPÍTULO IV

EL COLECTOR

Gold pensó que el infierno no era muy diferente a como lo imaginaban ciertos escritores y predicadores.

Era un lugar cálido, húmedo, fétido y repugnante. Un sombrío, caliente, nauseabundo inframundo de horrores, de náuseas, de condenación y de horror.

Corrían las basuras, los detritus, los residuos malolientes, en medio de una repulsiva corriente viscosa, blanduzca, entre torbellinos de calor, vaharadas de aire viciado, a veces abrasador. Y entre toda esa bazofia repugnante, ellos flotando, hacia una eternidad de sombras, de torturas, de eterna condenación mil veces peor que la misma muerte y su mundo de tinieblas profundas y repulsivas.

Gold se dejaba arrastrar. Entre otras razones, porque no podía hacer otra cosa, no podía luchar contra lo invencible. Era un cuerpo vencido e inerte, camino de las simas más profundas del imperio tenebroso de Satán. Algo más allá, sintió chapoteos, la lucha de alguien, contra el pavoroso y fétido curso de la corriente.

Miró de soslayo. Era extraño, pero todo esto parecía formar parte de las sensaciones vividas de una existencia, no de las tinieblas y brumas de la muerte, en cualquiera de sus reinos, celestes o demoníacos.

La luz era escasa, y parecía llegar a ellos como cuchilladas lívidas, verdosas, fluorescencias filtradas de Dios sabía dónde, allá en la bóveda oscura, invisible, del cauce maldito. Aun así, esa leve claridad repugnante, le reveló una forma viva, debatiéndose en la corriente apestosa.

—Es inútil... —jadeó, con aquellas bazofias y detritus rozando su cuello, casi su propia boca crispada, mientras el cuerpo todo aparecía envuelto en fangos verdosos y pestilentes, en viscosidades nauseabundas y mareantes—. Todo es inútil... No se puede luchar... No se puede luchar contra el infierno y su poder... Estamos condenados. Condenados a lo que merecimos siempre. Estamos

mueritos... Muertos y condenados por una eternidad...

Hablaba en voz alta, casi con gritos, aunque el estruendo de algo próximo, acaso las turbinas mismas del infierno o las calderas demoníacas del Señor de las Tinieblas, le impedían advertir la propia potencia de su voz. El rugido de aquel algo turbulento, nada lejos de ella, aumentaba por instantes, a medida que la corriente la arrastraba hacia la zona de tinieblas absolutas, donde aquella vorágine emitía su zumbido ensordecedor...

—¡No! —oyó mascullar, muy cerca de ella, a una voz viril, masculina y enérgica, como en un grito ronco de rebeldía—. ¡No estamos muertos! ¡Esto no puede ser la muerte, Gold...! ¡Esto no es el Infierno ni estamos condenados a algo que no sea perecer ahora, dentro de unos momentos acaso! Pero vivimos, Gold, muchacha... ¡Vivimos aún, estoy seguro de ello...!

Y continuaban sus forcejeos, que Gold consideraba inútiles y superfluos, aunque de repente el sonido de aquella voz y el grito rebelde contra el conformismo habían logrado sacudir su modorra, su renuncia a todo lo que no fuese resignarse a la condenación por los siglos de los siglos en el inframundo de las almas culpables. De repente, las ideas de Gold se abrían a una nueva, fascinante, increíble, incluso esperanzadora posibilidad:

—Vivimos... —susurró, debatiéndose en aquel limo apestoso y cruel. —*Vivimos...*

Pero era tarde, pensó Gold. Tarde para luchar, tarde para defenderse, para intentar algo, lo que fuese...

—El motor... —Percibió la voz del hombre que, como ella, como único ser vivo y consciente en el ámbito horrible, luchaba en la corriente nauseabunda, arrastrado en una misma dirección—. Ese motor... Si nos absorbe estamos perdidos...

—¿Qué..., qué significa...? —gimió Gold, confusa.

—Es una turbina, un colector gigantesco sin duda... Lo engulle todo, lo mezcla con ácidos disolventes, con desinfectantes, y hace de todos los detritus una pulpa sin olor, que acaso más tarde pasa a servir de abono a los campos vecinos...

Si Gold no hubiera estado sacudida ya por el más profundo horror, la espantosa revelación hecha por su compañero de infortunio, hubiera bastado para conmover hasta la más profunda e insensible fibra de su ser.

Ahora sabía en la clase de trampa atroz en que estaba metida. Basuras, un colector, gigantescas trituradoras y purificadores mecánicos, productos químicos disolventes... Un fin rápido, pero alucinante, en el cepo más asqueroso y feroz jamás ideado por mente alguna.

Cerró los ojos, asqueada, cuando el repugnante limo le golpeó, manchando su rostro, tras un zumbido cercano y estremecedor, una serie de turbulencias que marcaban la proximidad del fin, el salto de la corriente apestosa a las aspas trituradoras y a los conductos de productos químicos disolventes y desinfectantes...

Su cuerpo volteó, se mezcló su grito con el rugido ensordecedor de los conductos de absorción hacia el colector...

Y ese ruido infernal pareció penetrar en su cabeza, en su cuerpo todo, machacarlo brutalmente, antes de que lo hicieran las colosales batidoras mecánicas, antes de que los chorros de ácido cayeran sobre sus residuos humanos, sangrantes, rotos y maltrechos en el caos terrorífico...

* * *

—¿Te encuentras bien?

No, no podía ser. Si aquello fue el infierno, esto tenía que ser el cielo mismo, la región celeste de los bienaventurados...

Suspiró hondo. Sentía un suave frescor en su piel. En su piel desnuda. Se estremeció, casi aterida de frío. Sus manos obraron instintivamente, cubriendo algo: su torso semidesnudo, sus formas de mujer espléndida...

—Gold, ¿estás mejor así? ¿Ha pasado ya todo lo malo...?

Aquella voz viril, profunda, cálida... Aquel frío sutil azotando sus formas desnudas...

Gold meneó la cabeza. Aspiró aire. Aire frío sin malos olores, sin nada nauseabundo.

—Sueño... —gimió—. Debo soñar... o la muerte es más dulce de lo que imaginé...

—Nada de eso —cortó él, muy próximo a su rostro. Sintió el roce de una mano viril sobre su rodilla, en suave caricia amistosa y limpia—. No estás muerta. No estamos muertos ninguno de los dos. Esto es la vida, Gold. La vida...

—La vida... —suspiró, meneando la cabeza, cerrando sus ojos aún—. Dios mío, no.

Sería demasiado hermoso... Aún recuerdo aquel horror. Las basuras, el fango, la peste, el calor, los colectores...

Se estremeció, convulsa. El la rodeó con sus brazos, besó sus labios, suave y frescamente. Le llegó la explicación apacible, tierna, confortante:

—No, no. Todo eso quedó atrás. Nos salvamos. Pude salir de la corriente en las últimas yardas. Te aferré a tiempo por los cabellos, te retuve y tiré de ti hasta el entrante del túnel de detritus, donde se sitúan los empleados del servicio de depuración e higiene de la ciudad, para limpiar los cauces cuando existe algún atasco o avería... Allí recuperamos el aliento. Era horrible ver nuestros cuerpos, nuestras ropas, sucias, enfangadas en..., en basura, en suciedad repugnante. Cuando logré alcanzar una de las rejillas de salida a los tubos de acceso de las cloacas, siempre tirando de ti, me despojé de toda ropa, e hice igual contigo. Luego..., luego alcanzamos un cauce de aguas limpias, de residuos de lluvia.

Te metí en ellas, me metí yo también, hasta expulsar el último vestigio de detritus...

—¿Y ahora? ¿Dónde estamos ahora...?

—Hemos logrado alcanzar las tuberías de refrigeración de algún centro industrial, siempre por el subsuelo. Hace frío, pero es un frío que se agradece, después del calor espantoso. Saldremos enseguida de aquí. Pero necesitaremos ropa. Tú, especialmente.

—Cielos, Brian... Porque eres Brian, ¿verdad? —gimió ella—. ¿Brian Kervin?

—Sí, soy Brian Kervin —afirmó él. La contemplaba fijamente, muy de cerca. Sus cuerpos evocaban la imagen eterna de Adán y Eva. Sólo que el Paraíso Terrenal de tubos de acero, subsuelo y aire frío artificial, formaban una fea ambientación, nada paradisíaca—. Vamos, Gold. Hay que salir de aquí, buscar ropas...

—Brian, yo..., yo te llevé a una trampa. Iban a matarte... ¿Y aún salvas mi vida, en vez de vengarte en mi despreciable persona?

—Al parecer, era a los dos a quienes trataban de matar. No te pagaron muy bien tu servicio —rió él, de buena gana.

—Cierto..., Brian, ¿cómo es posible? ¿Cómo pudimos salvar la vida? Nos dispararon, lo recuerdo. Parecía un arma muy poderosa la que

hizo fuego sobre nosotros dos...

—Lo era, sin duda —sonrió Brian Kervin, tan vestido como Mowgli, niño rana de *El Libro de las Tierras Vírgenes* de Kipling. Se irguió, sin el menor sentimiento de vergüenza, ante una Gold que también parecía adaptarse con naturalidad asombrosa a su papel de Eva o de *Lady* Godiva en el inframundo urbano de las tuberías metálicas, alumínizadas, frías y herméticas, como industrializadas tumbas de un mundo mecánico, atroz o deshumanizado—. Todo se aclarará más tarde, Gold. Ahora, debemos salir de este laberinto subterráneo. Y sin ser vistos por nadie. Especialmente, por nadie que desee asesinarlos.

—Sí, Brian —de contempló, patética, acurrucada, en una postura de auténtico desnudo artístico, propia para una modelo de Gauguin o de Renoir, con la plata cóncava de las tuberías refrigeradoras como fondo inverosímil del lienzo vivo—. Vamos ya. El frío empieza a ser tan intolerable y cruel como el calor hediondo de aquel lugar abominable...

—Lo importante, después de salir de aquí, es ocultarse de cualquier enemigo, Gold —habló Kervin roncamente, sin dejar de avanzar por el largo túnel de metal bruñido.

—Es imposible, Brian —rechazó ella, sacudiendo su cabeza dorada.

—¿Imposible? —Él la miró ceñudo, por encima de su hombro—. ¿Por qué había de serlo?

—Nuestros enemigos, Brian... —Se estremeció Gold—. Los hombres que me pagaron para llevarte a la trampa, y luego me premiaron con la misma suerte que a ti... Son implacables, Brian, créeme. Y jamás fallan. Jamás...

Kervin no dijo nada. Siguió adelante, conduciéndola cogida a su mano. La figura de bronce y la forma de nácar, se movieron por el laberinto aséptico y frío del subsuelo, buscando una salida.

Quizá, una simple salida hacia la muerte. Eso era lo que Gold parecía temer. Y esperar.

* * *

—Brian Kervin. Ése es mi nombre, lo sé. Pero ¿qué más sabes sobre mí?

—Poca cosa —ella meneó la cabeza, pesarosa—. Muy poca, Brian. Quisiera ayudarte mucho más de lo que puedo hacerlo, créeme.

—Te creí una vez. Y me llevaste a una trampa, Gold.

—Lo sé. También yo caí en ella, Brian. Me equivoqué, eso es todo.

—¿Quién te pagó para destruirme?

—Ellos.

—¿Quiénes son «ellos»? Te hice una pregunta —insistió Brian—.

¿Quiénes son «ellos»?

Gold hizo un gesto confuso, y terminó encogiéndose de hombros.

—No sabría definirlo, Brian —confesó al fin—. Yo entiendo poco de esas cosas. Son gente importante, no hay duda. Van tras algo grande, y han contratado a todos los rufianes y pillos de la ciudad.

—¿Qué papel juegas tú en eso?

—Soy uno de esos contratados —suspiró ella, con un gesto expresivo—. Hay una asociación de mujeres delincuentes. Ladronas, asaltantes y cosas así. También nos han pagado bien por servirles. Decían que era preciso encontrarte. Vivo o muerto.

—¿A mí?

—Sí. —Gold le contempló fijamente—. ¿No sabes tú la razón?

—No —rechazó vivamente Brian, con perplejidad—. No sé lo que sucede. Ni sé quién soy. Sólo sé que me llamo Brian Kervin. Y que debo huir de toda persona sospechosa, porque alguien quiere destruirme. No podría decirte cómo sé todo eso, pero ahí terminan mis conocimientos sobre mí mismo. Lo demás, es sólo niebla, un espacio en blanco en mi mente. Hay algo que no funciona bien, dentro de mi cerebro. Quisiera saber lo que es, Gold.

—Ya te dije que es muy poco lo que yo puedo ayudarte, Brian —musitó ella, pesarosa.

Paseó por el almacén en sombras, con Kervin a su lado, estudiándola interesado.

—Has perdido la memoria, ¿verdad?

—Sí, eso es lo que parece —convino Kervin, sombrío—. Tengo conciencia de que soy importante en algo, de que mi puesto en la vida tiene una razón de ser muy primordial. Y de que estaba haciendo algo trascendente cuando..., cuando de súbito dejé de recordar cuanto a mí se refiere. Realmente, he debido perder mi memoria, si alguna vez la tuve.

—Creo que eso no es exacto. Digamos, más bien, que *te la robaron*.

—¿*Robada*? ¿La memoria? —Brian puso gesto de perplejidad—. No entiendo, Gold. No creo que a nadie puedan robarle la memoria o los pensamientos, como se haría con un objeto o con algo material.

—Sin embargo, tengo entendido que es así. No me preguntes cómo lo hicieron, porque nada sé. Sencillamente... te despojaron de recuerdos. Te redujeron a la inutilidad total, porque sin memoria, no podías ser peligroso para ellos. Pero luego, ocurrió algo. Debiste recuperar parte de esa memoria, o ellos no supieron despojarte de *toda* ella. Lo cierto es que entraron en temores, y resolvieron buscarte y eliminarte, cuando tú ya habías tenido conciencia de que te era necesario escapar, para huir de todo peligro.

—Y ahí entraste tú —sonrió Kervin, apoyando sus dedos en la nuca de Gold, subiendo la mano hasta acariciar los dorados cabellos. La atrajo hacia sí y la besó. Entraste tú, me supiste seducir, y me metiste de cabeza en el cepo...

—Oh, por Dios, olvida eso —gimió Gold—. Entonces no te conocía. Cumplía un frío deber, una misión profesional del delito, del robo, de la asechanza ilícita...

—¿Y... del crimen?

—No —se estremeció Gold—. En nuestra Asociación Femenina hay también ejecutoras, asesinas tan frías y despiadadas como el hombre más cruel en tal materia. Yo nada tengo que ver con ellas.

—De modo que existen cosas así. Sindicatos del Crimen Femeninos... ¡Qué hermosa noticia!

—Brian, en todo este juego no somos más que una pequeña parte, unos instrumentos a sueldo de alguien mucho más poderoso e importante que una asociación delictiva de mujeres. Más importante, creo, que la propia Mafia o el Sindicato. Más importante que un simple grupo de espías o de comunistas, de fanáticos religiosos o de sectarios activistas.

—¿Qué es, entonces?

—Si lo supiera, Brian... Ellos nada dicen. Pagan bien. Y, a lo que vi, no dudan en ejecutar a sus propios asalariados, cuando éstos saben ya más de lo que conviene a los misteriosos patrones de todo este enredo.

—¿Por qué podía estorbarles yo? —se preguntó Kervin, perplejo—. ¿Quién soy, exactamente, Gold? Tú lo sabes. Sabes algo, al menos... Ella le miró. Afirmó despacio.

—Sí, Brian. Sé algo sobre ti.

—¿Qué es ello?

Respiró hondo. Hizo una pausa. Luego, le informó con gravedad:

—Eres

M-31.

—¿M-31? —El rostro de Brian no denotó inteligencia ni comprensión. Pero hubo algo así como un destello rápido en sus ojos, como una fugaz, instintiva rendija de luz en su mente que, por desgracia, no bastaba a iluminar sus recuerdos—. ¿Qué significa eso, Gold?

—M-31 es tu nombre-clave. Como Agente Especial.

—¿Agente Especial? —dudó Brian—. ¿De qué?

—Del FBI —suspiró ella—. Eres un policía federal, Brian.

—¡Un federal! —se asombró Brian.

—Eso me dijeron. Al parecer, perteneces a algún organismo de Seguridad Nacional o cosa similar... Eres importante. Y eres peligroso a la vez...

—Peligroso... Me gustaría saber para quién...

—Tocio cuanto te he referido, ¿no te permite recordar algo, evocar alguna otra cosa que aclare tus dudas?

—No, en absoluto —rechazo Kervin—. Hay algo que bulle en mi mente, pero se resiste a emerger, a tomar forma. No, creo que no veo nada claro todavía. Presiento que hay algo muy importante en juego, algo que puede ser trascendental, pero que me ahorquen si sé lo que ello sea.

—Brian, deberías recurrir a los agentes del FBI, a tus amigos, para que te protejan y ayuden. Explícales el caso. Ellos entenderán, velarán por tu existencia...

—Ni siquiera puedo estar seguro de que sea realmente un federal —rechazó Kervin—. Ellos han podido engañarte, Gold.

—No lo creo. Me mostraron una ficha tuya, obtenida de los archivos del FBI. Vi tu fotografía, tus huellas, tus datos personales, tu letra y cifras en clave... No hay duda. Eres el agente

M-31.

—¿Has dicho... *obtenida* esa ficha en los archivos federales?

—Sí, sí. Era una perfecta fotocopia de ambas caras de tu ficha personal del FBI. Creo que era la ampliación de un nítido microfilme.

—Microfotografías de fichas... dentro de un organismo federal. ¿Te das cuenta, Gold?

—Cuenta, ¿de qué?

—Ellos son más importantes, mucho más de lo que parece en realidad. No sólo tienen acceso a archivos secretos del FBI, sino que pueden fotografiar las fichas con la mayor facilidad. Significativo, ¿no?

—¿Significativo?

—Claro. Tienen a alguien *dentro* del FBI. Alguien que les ayuda, que colabora. O bien toma esa persona o personas las fotografías confidenciales de los archivos, o bien permite que lo hagan los agentes infiltrados en las oficinas federales. De cualquier modo, hay un traidor o varios. ¿Con qué confianza podría yo, ahora que no recuerdo nada de mi vida anterior, ir al FBI y confiar en alguien, esperar que me protejan, si, tal vez, voy directamente al más interesado en aniquilarme antes de que vuelva a ser el mismo que siempre he sido?

—Entiendo. No quieres ir al FBI. Prefieres luchar en solitario.

—Hasta que sepa realmente todo sobre mí, y mi memoria se abra de nuevo a los recuerdos, sí. Es más seguro. Mi instinto, mi propia inteligencia, al margen de los reflejos propios de la memoria, pueden ayudarme más que aquéllos en quienes no confío. Después de todo, tal vez se pueda borrar limpiamente la memoria de un hombre, aniquilar sus recuerdos todos. Pero algo, dentro del ser humano, se rebela contra todo ello. No sé si es el subconsciente, un sexto sentido o qué. Lo cierto es que aún estamos vivos tú y yo, Gold, y sin embargo, yo actué entonces, frente al arma de nuestro asesino, con total ausencia de conocimientos, movido sólo por puro instinto, por un conocimiento inexplicable de mis propios recursos.

—Es cierto... Dispararon contra nosotros, con una poderosa automática de gran calibre. Las balas nos alcanzaron de lleno, en puntos vitales. ¿Cómo es posible que..., que continuemos con vida y sin un solo rasguño? Es algo que aún no logré explicarme en modo alguno, Brian.

—Yo tampoco sabría explicártelo bien, Gold. Ni siquiera sé por qué obré de aquel modo. Yo entonces no sabía si estaba en un error o no. Sencillamente, algo me dictó esa idea. Y la puse en práctica...

—¿Qué idea fue, Brian? ¿Qué es lo que te dictó ese algo aún no

dormido totalmente en tu subconsciente? Nadie puede escapar a la muerte, en una situación así...

—Nosotros fuimos los primeros —rió él. Luego, más serio, inclinó la cabeza y refirió a la joven—: Entre las pocas cosas que conservaba en mis ropas cuando nos encontramos en el cinematógrafo para automovilistas, durante mis horas de fuga confusa y oscura, hallé en una especie de bolsillo secreto, bajo mis calcetines, unas curiosas placas circulares, de un extraño metal color carne, altamente adhesivo. No llevaba la más mínima referencia a su utilidad, por supuesto. Las estudié, poco antes de llegar al cine al aire libre. Me pregunté para qué podían servir. Luego, observé algo asombroso cuando las acerqué a unos tornillos mal ajustados, en unas vigas metálicas próximas. ¡Los tornillos se desprendieron, evadiéndose con fuerza de las placas, alejándose de ellas como del más fuerte repelente, como si esas placas fuesen antiimanes de tremenda potencia, capaces de apartar todo cuerpo metálico a una considerable distancia de su radio de acción! Hice otras varias pruebas, y siguió igual. Repelían todo metal: Incluso arrojó un fragmento de hierro contra una placa situada en un muro. Sucedió algo asombroso. La placa repelió ese objeto, pese a su velocidad, lo hizo caer lejos de donde se hallaba, tras desviarlo en el aire con un giro asombroso. En suma, descubrí que las placas eran en realidad lo que parecían: antiimanes, repelentes poderosos de todo cuerpo metálico, inmóvil en movimiento.

Alguna rara forma de corriente antimagnética, provocaba ese fenómeno sorprendente.

—Parece una fantasía, Brian.

—Pero no lo era. No para mí. En seguida asocié ideas, aún no sé cómo. Una bala, por ejemplo, lo mismo que un arma blanca, eran un cuerpo metálico en movimiento, agresivo y casi mortal. ¿No eran esas placas, aún no sabía yo por qué, un medio de evitar que el proyectil o la hoja de acero llegasen a su destino? Evidentemente, sí. Yo no sabía si las había robado, si estaban allí, sobre mí, para ese mismo objeto que yo deducía, o para otro cualquiera. Pero cuando subí a tu coche, Gold, una de esas placas iba adherida a mi cuerpo, justo sobre el corazón. Era una diminuta e invisible coraza contra cualquier arma, estaba seguro.

—Pero... ¿y yo, Brian? Tampoco recibí la bala a mí destinada...

—Otra placa estaba ya en ti, sobre tu seno izquierdo.

—¿Es posible? ¿Quién la puso?

—¿Hace falta responder a eso? —sonrió Kervin.

—Tú... Pero ¿por qué?

—Yo no sabía. Ni lo sé aún... Ya sabes que hago las cosas por instinto, sin pararme a pensar, a preguntarme una razón. Pero cuando te tuve en mis brazos, cuando ignoraba si aquel dogal de seda de tus brazos amantes era sincero o era sólo una trampa dorada, pensé que podías necesitar, en cualquier caso, y por el solo hecho de estar junto a mí, un hombre en peligro, un medio de protección contra cualquier riesgo. Te adherí al seno una de las extrañas placas... Y resultó. Es obvio que resultó. En torno a esas placas, el campo antimagnético, repelente a los metales, tiene las medidas aproximadas de un círculo donde cabe un ser humano. De ese modo, las balas asesinas se perdieron, lejos de nuestros cuerpos, acaso en el vacío. Pero nadie podía imaginar o sospechar eso. Para ellos, cuando caímos, sacudidos posiblemente por la onda expansiva del proyectil en marcha, al chocar sus ondas contra la placa antimagnética y sus propias ondas antimetal, ellos pensaron que estábamos muertos. Nos arrojaron a los detritus de los colectores suburbanos. Y eso fue todo, Gold. Ahora, para todos nuestros enemigos, tú y yo estamos no sólo muertos, sino triturados, convertidos en pulpa de abono por los grandes colectores y disolventes de residuos.

—¿Eso puede servirnos de algo, Brian? —dudó Gold, preocupada, deteniéndose cerca ya de las grandes puertas vidrieras que asomaban a la amplia acera de la avenida urbana, todo luces y colores en la madrugada apacible, donde parecía imposible que existiera agazapado el menor peligro contra ellos.

—Aún no lo sé —se frotó las sienes, como en un desesperado afán de hacer algo, de intentar una evasión definitiva al cerco de tinieblas y de incógnitas de su amnesia inexplicable—. No sé muchas cosas, Gold. Pero deja que obre a mi manera. Deja que haga las cosas conforme mi instinto me dicte. Y ojalá ese

M-31

que dices que soy yo, sea hombre de recursos, hombre capaz de hacer algo acertado en las peores y más adversas circunstancias. Porque en otro caso...

»Gold, espera un momento —le detuvo, cuando llegaron junto a la puerta cerrada desde el exterior, pero cuyo pestillo se podía accionar fácilmente desde dentro, para abandonar los grandes almacenes—. Hay algo que aún no te he preguntado.

Ella le miró, sorprendida. La luz de la avenida hizo brillar sus limpios ojos, profundos y vivaces.

—¿Qué es ello, Brian? —se interesó la joven de dorada melena.

—Hablaste de una asociación femenina del delito. Y de que «ellos», quienesquiera que sean, contrataron a tu sociedad de mujeres delincuentes, para buscar a Brian Kervin,

M-31

o quienquiera que sea en realidad. Pero no me has dicho algo que puede ser muy importante para tener por dónde comenzar ahora.

—Habla, Brian. Te diré cuanto sé.

—La persona que se puso en contacto contigo, la que te hizo la oferta o te puso de algún modo en contacto con ellos, ¿quién fue?

Hubo una pausa. Frunciendo el ceño repentinamente, Gold pareció reflexionar sobre aquella pregunta inesperada y que, de pronto, también para ella parecía tener un sentido trascendente.

—Fue una mujer, Brian —susurró, al fin.

—¿Una mujer también? ¿Quién, Gold?

—Se llama..., se llama Venus.

—¿Venus? Extraño nombre...

—Venus Vaal. Ése es su nombre completo, Brian.

—Venus Vaal... —reflexionó Kervin, pensativo—. Bien. ¿Y dónde puedo encontrarla ahora? Imagino que ello será difícil, Gold.

—¿Difícil? —Repentinamente, Gold se echó a reír—. No, ni mucho menos. Es lo más fácil del mundo dar con ella. Ahora, o en cualquier momento.

—¿Por qué? —Brian demostró su perplejidad ante la respuesta de la muchacha de los cabellos y el nombre de oro.

Gold le dio rápida y cumplida respuesta a tal cuestión:

—Venus Vaal, es, actualmente, la secretaria personal del candidato a la presidencia, Randolph Randall, y a la vez su jefe general de propaganda electoral —dijo Gold, con toda sencillez.

CAPÍTULO V

VENUS

«¡Por el futuro de los Estados Unidos! ¡Por la paz y la justicia! Vota a Randolph para presidente. ¡Randall a la Casablanca!».

Lo de siempre. Sólo que más gigantesco aún. Con más banderas, *slogans*, increíbles ampliaciones fotográficas, gorros, escarapelas, pancartas, banderines, motivos todos con la efigie, la sonrisa, la absorbente personalidad física de Randolph Randall, el joven, impetuoso, absorbente y magnético aspirante al primer puesto político del país. En la reciente Convención de su Partido, para elegir el candidato que había de enfrentarse al representante del otro gran partido nacional, el triunfo de Randall había sido arrollador, fabuloso, aplastante. La gente quería un joven Primer Magistrado de la Nación, una personalidad capaz de romper con las normas de los veteranos políticos anteriores, y la carrera meteórica del candidato, estaba así asegurada. A poca suerte que tuviese en las elecciones, Randall sería el presidente electo.

Brian Kervin, procurando mantenerse en una especie de cerco de frialdad, desapasionamiento, indiferencia por la política, incluso la llevada a plano presidencial, de la que él, si realmente era

M-31,

como decía Gold, tenía que ser por deber profesional y patriótico, primer defensor y protector.

Gold no se atrevió a entrar con él en las amplias, enormes dependencias del local reservado a la convención preelectoral del candidato Randall. Se quedó en uno de los varios restaurantes y bares que funcionaban sin interrupción para servir al personal de Randall y de sus más directos colaboradoras personales o en dependencias diversas, dentro del colosal aparato electoral

americano. Gold creía estar más segura en uno de los establecimientos de bebidas, emparedados y toda clase de refrigerios. Kervin, en solitario, caminando despacio, con expresión cauta, vigilante, se adentró en el torbellino humano del bosque electoral, auténtica jungla nerviosa, irritante, febril, excitada y excitable, donde cada uno parecía mucho más loco y espasmódico que su vecino, y éste, a su vez, más que el siguiente, en cadena de alucinada tensión.

En una mesa, se proveyó, gratuitamente, de un pintoresco gorro con las barras rojas y blancas de la bandera nacional, un remate de estrellas sobre el azul, una escarapela gigantesca con la faz de Randall, su emblema político, y una frase de publicidad inevitable. Una cibica con el rostro de Randall sobre su torso, de forma que los ojos del candidato coincidiesen sobre sus promontorios pectorales, harto generosos, de faldita corta, salpicada de imágenes del candidato, y mallas visibles hasta medio muslo, en las que Kervin echó de menos la presencia de otra efigie del dichoso candidato Randall, le obsequió con un banderín y una especie de capa corta, salpicada de motivos de brillo, la inevitable faz enérgica del candidato, y su nombre en rutilantes letras rojas. Se puso todo ello. En el reino del absurdo donde acababa de entrar, todo eso parecía formar parte de la normalidad de cada uno. Ataviado con todos aquellos grotescos motivos propagandísticos, sería más fácil pasar desapercibido, ser uno más entre tantos otros.

—Quisiera ver a Venus Vaal —dijo a un grupo de chicas con ceñidos *pullovers* amarillos, endiabladamente adheridos a sus formas espléndidas, que sostenían entre todas una gran bandera con Randall y demás motivos electorales, emitiendo gritos jubilosos, en una especie de himno triunfal.

Ellas le miraron, riendo, se encogieron de hombros y no le hicieron el menor caso. Kervin siguió adelante. Más adelante, fue a un hombre gordo, apoplético, que bebía un refresco de cola y canturreaba un himno a Randall, a quien le hizo la pregunta:

—¿Dónde puedo encontrar a Venus Vaal?

El hombre se encogió de hombros, siguió bebiendo y canturreando, y Kervin se alejó de nuevo, convencido de que esta vez tampoco iban a contestarle. Sin hacer más preguntas a nadie, subió una escalinata, bajo un auténtico dosel de serpentinas, banderines y

pancartas de todo género.

Llegó al final de la hilera de mecanógrafas y muchachas que ordenaban fotografías. La última era una joven morena, con gafas de gruesa montura. Estaba inclinada, seleccionando unas fotografías, que ordenaba con un rotulador rojo, aplicándole cifras y signos.

—Hola —saludó Brian, risueño.

Ella alzó los ojos. Dos pupilas grandes, verdes, le contemplaron desde detrás de los vidrios color caramelo de las gafas. Estrafalarias gafas, con montura de barras rojas y blancas, estrellas blancas y cielo azul.

—Hola —le respondió.

Kervin probó fortuna una vez más, sin grandes esperanzas:

—Me gustaría encontrar a Venus Vaal.

Ella enarcó las cejas. Sonrió, y se rascó con una uña laqueada de plata, el gran lunar que mostraba su bonito rostro moreno, junto a la comisura izquierda de su roja boca carnosa.

—Ya la encontré —dijo—. Yo soy Venus Vaal.

* * *

Brian Kervin permaneció unos momentos indeciso, contemplando con expresión calculadora a la joven de las llamativas gafas. No había esperado dar en el blanco, así al azar.

—¿Quién es usted? —le preguntó ella, curiosa, anticipándose a cualquier pregunta que pudiera formular él.

Brian fue tajante en su réplica. Podía representar una farsa, y no quiso. Era mejor ver venir las cosas, observar reacciones.

—Brian Kervin —dijo, escueto.

Estudiaba atentamente cualquier reacción en el rostro bello y exótico de la joven morena de verdes ojos. No observaba nada. Ni sobresalto, ni sorpresa ni emoción ostensible alguna.

O era muy buena actriz Venus Vaal, o no sabía nada de Kervin. Pero eso no era posible, si Gold había dicho la verdad. Venus Vaal era el enlace entre los que encontraron a los perseguidores de Kervin y éstos.

—Me pareció que era la primera vez que le veía por aquí, señor Kervin —manifestó ella, indiferente, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo puede decir tal cosa? —se asombró Brian. Señaló a su alrededor—. Toda esa colmena humana que va y viene..., y usted cree que puede reconocer cada uno de sus rostros.

La mirada de las pupilas verdes tras los vidrios color caramelo de sus fantásticas gafas, reveló ahora cierta frialdad. Su tono de voz fue seco:

—Señor Kervin, yo soy capaz de reconocer en el acto a CUALQUIER persona a quien antes haya visto —declaró—. Soy una fisonomista excepcional. De niña, me entrenaba contemplando miles de fotografías y retratos, y recordándolos luego uno a uno, jamás cometo un error ante un rostro, conocido o no.

—Increíble —manifestó Brian—. Un archivo viviente.

—Un fichero diría yo —rió ella, algo brusca. Le contempló, ligeramente hostil—. Siento no poderle conceder mucho tiempo. El trabajo me abruma. Éstas son horas febriles, usted entiende.

—Sí, entiendo —la contempló, irónico—. ¿Le apasiona la política?

—Me apasiona hacer algo útil. La política es útil.

—¿Para usted, o para Randolph Randall?

Los ojos verdes casi le taladraron. O lo intentaron al menos.

—Señor Kervin, hablaba de utilidad pública. Nacional, ¿entiende? Soy americana.

—Yo también.

—Entonces, debería entenderlo.

—¿Patriotismo puro?

—En parte. Lo demás, es afán de luchar, de saber que del esfuerzo de una dependen muchas cosas. Es hermoso luchar, créame. Especialmente, cuando se teme perder. Eso da emoción al juego.

—El juego... —meditó Brian la forma de expresarse de Venus Vaal. De súbito, Kervin indagó. —¿Qué le dice a usted, pongamos por caso, una letra y dos cifras?

M-31,
por ejemplo.

Los ojos de Venus Vaal se entornaron esta vez ligerísimamente, en una contracción leve, acaso involuntaria, pese a que el resto de su bonito rostro no reveló emoción alguna. Las negras pestañas sedosas, curvas, vibraron durante una décima de segundo, insinuando un pestañeo que no llegaron a concretar.

—¿M-31? —repitió ella con voz inexpresiva—. No sé...

Posiblemente un texto cifrado, una referencia... o la nomenclatura de un agente secreto.

—Es muy inteligente —suspiró Brian.

—Gracias —fue muy seca ahora, recogiendo fotografías, folletos y un sinfín de papeles, que apoyó en su seno—. Señor Kervin, no sé si es usted de la Convención, si es un curioso, un impertinente o un enemigo nuestro, un elector de Stuart Mulhouse, el rival de Randall en estas elecciones, que ha venido aquí a espiarnos. Sea lo que sea, no estoy dispuesta a perder más tiempo con usted, créame. Ni podría hacerlo aunque quisiera, pensando solo en que usted es un joven sumamente atractivo para cualquier muchacha. De modo que si el importante motivo por el que andaba buscándome, era el hablar de vaguedades sin trascendencia, es mejor que demos por finalizada la charla. Mis deberes, como jefe de propaganda de Randall, y secretaria personal suya, en las ocasiones en que él viene aquí, me obligan a muchas cosas más importantes que ayudarle a usted o a otro cualquiera a divertirse. Buenas noches, señor Kervin.

—Buenas noches, señorita Vaal —rió entre dientes Brian, inclinándose—. Y no se culpe demasiado por haberme visto aquí esta noche. Tenía que suceder. M-31 es difícil de vencer, créame. Y la amnesia a veces, no dura tanto como uno quisiera...

Se inclinó, cortés, mientras ella parecía llena de perplejidad, sin entender una sola palabra de todo aquello. Finalmente, Brian Kervin se encaminó, con paso firme, a la salida del recinto, eludiendo la infernal barahunda de los electores y entusiastas de Randolph Randall, el hombre que estaba más cerca de la Presidencia.

A distancia, vio a Gold sentada en una larga barra, saboreando lentamente una cerveza y un emparedado. Bostezaba, con evidente cansancio. Fuera, debía faltar ya muy poco para el alba. Pero en el recinto del candidato, las horas, el día o la noche, no contaban, en medio de la fiebre histórica del período pre-electoral. Era lo de siempre.

Avanzó con mayor rapidez, hacia las vidrieras que separaban el bar del recinto del resto de éste, para reunirse con Gold. Ignoraba lo que ella podría decirle, pero Kervin estaba lleno de dudas respecto a la enigmática Venus Vaal. Algo parecía no encajar allí con la historia de Gold. Y, sin embargo, tampoco creía que ella hubiese

mentido.

—Eh, amigo, Randolph Randall le da las gracias por su adhesión —gritó un tipo grande y obeso, vocinglero y excitado, agitando sus manos con la apariencia truculenta de un Falstaff vestido grotescamente de blanco, rojo y azul, con fotografías y dibujos de Randall por todas partes, incluso en sortijas y grandes toisones de hojalata colgados de su cuello—. ¡Venga aquí, amigo! Tome, para que reparta entre los amigos de Randall. ¡Hurra por Randall, para la Presidencia!

Kervin se detuvo entre un remolino de gente que acudía a recoger chismes y objetos de todo género para repartir por las calles, con la efigie de Randall hasta límites obsesivos.

El gordo elector, apoyó sus manazas en los hombros de Kervin, mientras soltaba sin parar ruidosas risotadas. Luego, súbitamente, se inclinó sobre él y su voz sonó en un murmullo:

—Será mejor que no intente nada, Kervin. Le están encañonando con armas perfectamente silenciosas y mortíferas. Matarle no nos costaría nada... Y, por otro lado, su amiguita del bar también está a tiro de uno de nosotros... Sentiremos tener que eliminarlos ya, si se pone usted difícil, amigo...

Todo eso, lo decía entre risotadas, Kervin miró de reojo. Descubrió al hombre apostado junto a la vidriera del bar, que empuñaba una especie de telescopio de cartón, brillante, con barras y estrellas de la bandera americana. Parecía mirar a las gentes, cómicamente. Pero Kervin sabía ahora que dentro de aquel objeto de apariencia inofensiva, algún arma de precisión y potencia apuntaba a Gold.

Miró de soslayo a su alrededor, buscando a sus enemigos. El Falstaff ridículo no estaba solo, era obvio.

Lo pudo comprobar ahora, al ver a dos hombres con bastón —bastón inevitablemente pintado en rojo, azul y blanco, y la cabeza de Randall como empuñadura—, situados tras él, al parecer muy corrientes y divertidos con la fiesta preelectoral.

Pero en realidad, le estaba encañonando con aquellos bastones, y a Kervin no le sorprendería nada que de sus tubos inocentes, brotase cualquier dardo mortal y silencioso, en cuanto diera él el menor motivo para tal acción.

—Bien —suspiró—. Parece que tiene usted razón, gordinflón. ¿Qué se supone debo hacer?

—Obedecer. Sólo eso, Kervin. Vaya hacia la salida sin hacer nada, sin intentar cosa alguna.

—¿Y una vez en la salida?

—Nosotros nos ocupamos de lo demás. Usted haga lo que se le ha dicho. Recuerde: nada de estratagemas. Significarían su muerte inmediata. Y la de esa chica, Gold.

—¿Hay diferencia entre morir aquí y hacerlo luego, en un colector de basuras o bajo las balas de un asesino profesional, amigo?

El gordo rió ostensiblemente y le palmeó como si fuese su hermano.

—Vamos, vamos —rechazó, jovial—. Es posible que esté en sus manos la forma de librarse de todo riesgo, Kervin. Uno es sabio cuando cambia de opinión. Y los que deseaban verle muerto, empiezan a pensar que les sería mucho más útil con vida. Ya le dije: de usted depende que le sea perdonada la vida, Kervin... Ahora, obedezca. Vaya hacia la salida, rápido. La chica, esa Gold, recibirá la misma orden en breve. ¡En marcha, y sonriente, como si estuviera gozando del festejo! ¡Hurra por Randolph Randall! —Hurra por Randolph Randall...— suspiró con desgana Brian.

CAPÍTULO VI

TELECONTROLES

Gold y él se reunieron en la acera. Estaba asustada la muchacha. Miraba con ojos muy abiertos a los tres hombres que les rodeaban, y a los otros dos apostados en la puerta de la Convención, dispuestos sin duda a impedir por cualquier medio que ellos regresaran al interior del recinto.

—Suban —dijo uno de los hombres.

Y señalaba a un vehículo aparcado allí, con las banderas, los *slogans* y las grandes fotografías de Randall. Era una furgoneta de amplio remolque, cuyas puertas traseras abrió el individuo del telescopio de cartón brillante.

—Vamos, arriba —dijo, nada obsequioso—. Tenemos que irnos de aquí.

—Hermoso papel el del futuro Presidente —suspiró Brian, contemplando la faz de Randall en la carrocería brillante esmaltada del coche—. Cómplice en dos secuestros...

—Sin chistes, Kervin —habló uno de los hombres de bastón—. Suban los dos.

—Brian, nos matarán... —jadeó Gold, angustiada, abrazándose a él.

—Esperemos que no —rechazó Kervin, pensativo—. Dicen que puedo serles útil con vida. Tal vez no hayan mentido.

—No hemos mentido —habló uno de los raptos, cuando ya él y Gold iniciaban el acceso al interior de la furgoneta electoral—. Pero de ustedes depende que esa posibilidad subsista...

Entraron en el remolque. Cerraron de golpe las puertas. Oyeron voces, pisadas rápidas, una portezuela que se cerraba. Gold y Kervin, abrazados en la oscuridad del interior del vehículo, esperaban. Luego, notaron cómo arrancaba el coche.

Entonces se iluminó el recinto con la luz de un tubo amarillento. Se contemplaron ambos. Aquello parecía por dentro un coche celular. Tenía asientos a ambos lados. Y ninguna abertura visible.

—Brian, no confío en ellos —gimió Gold—. Nos matarán...

—Es posible que eso sea lo que hagan, Pero no tiene gran objeto mentir. Pudieron habernos eliminado en la Convención, silenciosamente, y pretextar un colapso o cosa parecida, para evitar el escándalo, sacando nuestros cadáveres de allí. Y no lo hicieron, corriendo sin embargo, el riesgo de que el golpe les saliera mal, para tenemos vivos. Eso indica algo.

—Brian, si perdonan nuestras vidas ahora, será a cambio de hacer algo terrible, estoy segura. Esa gente me asusta. No... no parecen *humanos*.

—Te entiendo. Experimento igual sensación que tú. Pero hemos de aceptar las cosas como vienen. Es mejor así, créeme.

—Le felicito, Kervin. Sigue siendo usted el mismo personaje frío y calculador de que nosotros tenemos referencias.

La voz había llegado de alguna parte, con un matiz ligeramente metálico. Volvieron la cabeza, sobresaltados. Y descubrieron la ventanilla de vidrio, por la que asomaba el rostro de mujer.

Kervin reconoció en el acto los verdes ojos, el cabello oscuro Ja tez bronceada. No llevaba las gafas propagandísticas, pero era Venus Vaal, la secretaria de Randolph Randall.

Se acercó Brian a ella. El vidrio era grueso, y le separaba del rostro enmarcado por el recuadro abierto en la separación del remolque de la furgoneta con la cabina delantera.

Sin duda un cristal a prueba de balas, pensó Kervin.

—Volveremos a vemos, señorita Vaal —dijo Brian con brevedad.

—Exacto —sonrió ella—. Volveremos a vernos, señor

M-31.

¿Defraudado?

—No, no. Sabía que tenía que ser usted el enlace. Trabaja de prisa...

—Mucho más delo que cree. Usted también es rápido. ¿Cómo pudo recuperar su memoria?

—Procedimiento secreto —mintió fríamente Brian—. Tenemos también nuestros métodos.

—Lo sé. Usted es rico en recursos, lo sabemos bien. No en vano ha vencido, según su ficha personal, a gentes realmente notables en el mundo del Crimen. A auténticos supercerebros criminales, como diversos miembros importantes de MOB, la «Doctora Muerte», el fabuloso señor Kingtower [3]. y tantos otros genios del delito a gran

escala...

Le admiro sinceramente, Kervin.

—Gracias. ¿Usted no espera caer, como cayeron esos supuestos genios del mal?

—¿Yo? —Ella se echó a reír agudamente—. Oh, no, no. ¿Por qué había de hacerlo? Apenas si represento el papel del simple comparsa en este drama. Soy muy poco importante dentro de todo esto, para confiar en que

M-31

me haga objeto de su feroz ofensiva.

—¿Tan altos están sus amos, Venus?

—Mucho. Están tan altos, Kervin, que usted nunca podría hacer nada contra ellos. Pero ha demostrado ser muy duro. Eso les gusta a mis jefes. Un hombre capaz de sobrevivir a las balas de «Silencioso» y a un cauce de desperdicios camino de los trituradores mecánicos de la ciudad, un hombre que logra recuperar la memoria, bloqueada por métodos científicos y técnicos de gran eficacia, que llega hasta Venus Vaal y tiene la osadía de atacar directamente, sin rodeos ni disimulos, tiene un alto valor para la organización.

—¿La... organización?

—Claro. Siempre debe haber una organización en todo. Cuanto más elevadas son las miras de un proyecto, tanto más perfecta y cuidada ha de ser esa organización.

—Oreo que todas las que se dedican al delito cometen siempre el mismo error.

—¿Cuál?

—Confiar a asesinos, pistoleros vulgares, a hampones sin clase ni cerebro, trabajos que la organización no puede hacer por sí misma. Eso repercute en perjuicio del sistema. Y al final, todo se derrumba.

—Ha acertado justamente en nuestro punto flaco, Kervin. La organización debe contratar asesinos a sueldo para las tareas más vulgares. Pero no corre con ello peligro alguno, pese a lo que usted crea. Sencillamente, aunque el criminal sea capturado e interrogado, jamás podrá implicar a nadie en sus acusaciones. Porque no sabe nada de nada. Porque siempre es contratado a través de un intermediario.

—¿Usted?

—Sí —afirmó Venus—. Yo.

—Es el mismo caso. El pistolero o el asesino de turno, conduce hasta usted a la policía. Y usted, de cualquier forma, les conducirá a «ellos», a los que dirigen en la sombra todo este plan.

—Eso no es exacto —sonrió Venus.

—¿En qué me equivoco?

—En que yo, la intermediaria, jamás podría llevar a nadie hasta mis jefes. Eso es *imposible*.

—¿Por qué?

—No sé nada de ellos. No puedo revelar nada a nadie. No pueden obtener informes de mí, ni siquiera con una droga o suero de la verdad. Nadie dice lo que ignora.

—Es intermediaria, enlace. Alguna forma determinada de comunicar con ellos debe tener —rechazó Brian—. Ése es el punto débil del juego.

—No lo es. Comunico con ellos. Transmito informes y recibo órdenes. Eso es exacto.

—¿Entonces...?

—Kervin, ellos pueden controlar la memoria, usted lo ha comprobado. Tienen diversos procedimientos y formas de actuar sobre la memoria. Me bloquean la mía. Sólo recuerdo cosas triviales, sin importancia. Llegado el momento de informar, mi memoria sufre un desbloqueo momentáneo, ya previsto en determinadas ocasiones, con una frecuencia definida. En ese momento, entro en contacto con mis jefes. Les informo. Recibo órdenes de nuevo, y vuelvo a mi total ignorancia.

—Diabólico. Parece imposible, pero tal vez no lo sea —convino Kervin, pensativo—. Se ha adelantado mucho en el estudio del cerebro humano y el modo de controlar artificialmente los impulsos nerviosos. Sí, todo eso es factible aunque improbable. Pero en el fondo, todo ello hace de usted y de otros como usted, simples autómatas, robots al servicio de unas personas deshumanizadas, brutales y frías como pocas.

—Eso me tiene sin cuidado, Kervin —se encogió de hombros—. Pagan bien, y le permiten a una vivir la excitante experiencia de sentirse impune, en un plano superior del crimen inteligente, astuto, bien planeado y dirigido por mentes maestras, Kervin.

Brian afirmó despacio, tras una ojeada de soslayo a la muda sorprendida Gold.

—Ya entiendo —dijo Kervin duramente, sin desviar sus ojos de Venus Vaal.

—¿Qué es lo que entiende? —Ella le miró con fijeza también.

—Había llegado a preguntarme qué papel podía representar usted junto a Randolph Randall, el futuro Presidente de los Estados Unidos...

—¿Y ha encontrado respuesta a eso? —Se burló Venus sarcásticamente.

—Sí. La más simple de todas.

—Me intriga, Kervin. ¿Qué quiere decir?

—Algo muy sencillo: que *usted no es Venus Vaal. No es la misma mujer con quien hablé antes*, en el recinto de la Convención.

Ella se limitó a enarcar las cejas y mirarle con asombro. Luego, inclinó la cabeza. Y confesó:

—Cierto, Kervin. Acertó usted. Es muy listo. ¿Cómo supo que yo no era Venus Vaal?

* * *

—No logro entenderlo, Brian. ¿Cómo adivinaste que ella no era Venus Vaal? Yo te vi hablar con la secretaria de Randall, yo había visto antes a Venus en diversas ocasiones, en Convenciones y programas políticos de preparación del candidato a la Presidencia. Estaba segura de que la mujer con quien hablé, el enlace con los cerebros rectores de todo este plan, era Venus Vaal. Y tú, de repente, a primera vista, acusas a esa mujer de no ser Venus. Sorprendentemente, ella acepta lo que tú le dices. ¿Cómo es posible, Brian? ¿Qué pudo darte la clave de ésa superchería?

—Había algo en la segunda Venus Vaal que conocía —expuso Kervin con calma.

—¿Qué era ese algo?

—No sabría decírtelo. Creo que era... *sexy*.

—¿*Sexy*?

—Sí, ese indefinible atractivo de un sexo hacia otro. Llámalo *sex-appeal*, atracción sensual, lo que quieras. Venus Vaal, la secretaria de Randall, posee todo eso. Cuando uno está cerca de ella, se respira casi su tremenda vitalidad, su poder sensual, su capacidad

de fascinación al sexo opuesto.

—¡Brian! —se quejó Gold—. Soy una mujer y me he enamorado de ti... No deberías hablarme así...

—No te pongas celosa —sonrió Kervin—. Hablo en sentido puramente físico. Venus es una mujer que atrae, que seduce sin quererlo siquiera. Esta otra, no. Posee algo diferente, dentro de su exacta apariencia física. Menos volumen en su busto, acaso indicio de una menor feminidad. Y también en el modo de obrar, de moverse, de adoptar posturas. En suma, resulta más viril, menos femenina. Ese contraste no puede darse en una misma mujer.

—Pero... parecen ser idénticas...

—No es que lo *parezcan*. *Son* idénticas. Sólo falla ese detalle: la feminidad, el *sexy*, como antes te dije. Un matiz que no está solo en ese leve detalle físico de los senos de ambas mujeres. Un detalle que está en su propio modo de ser, en su feminidad, en su sensibilidad de mujeres distintas. Venus, acaso demasiado feminidad. Esta otra, quizá demasiado hombruna, ésta es la verdad.

—¿Qué ha dicho ella a eso? No pude oírla...

—Aceptó ser «otra» Venus Vaal.

—¿Hermana gemela?

—No lo dijo. —Brian se encogió de hombros—. Pero dos cosas parecen confirmar esa posibilidad.

—¿Dos?

—Existen cirugías plásticas capaces de imitar un rostro con casi absoluta perfección, especialmente si los cirujanos son de excepcional calidad, como podrían utilizarse en este caso, habida cuenta de la capacidad económica y técnica de nuestros misteriosos adversarios. Pero me inclino a creer que el parecido no es artificial, sino perfectamente natural y espontáneo. Es decir, que ambas nacieron así. Lo cual indicaría por sí solo que hay un noventa y ocho por ciento de posibilidades de que ambas estén emparentadas, casi seguro en forma fraterna, gemela. Pero existe aún una segunda posibilidad que confirma la idea.

—¿Cuál?

—El nombre de esta segunda mujer. Es Victrix.

—¿Victrix? Extraño nombre...

—Muy ligado a Venus, por cierto.

Repentinamente, el coche frenó. Ambos advirtieron el frenazo seco.

Gold se abrazó vivamente a Brian. Musitó entre dientes:

—Dios mío, Brian... Hemos llegado. ¿Qué ocurrirá ahora?

Kervin se encogió de hombros. La oprimió calurosamente entre sí.

—Si yo lo supiera... —murmuró—. Ten fe, Gold. Es nuestra única arma por ahora...

Sonaron voces, pasos en torno al vehículo hermético. Al fin, chascó el pestillo exterior de la furgoneta, en su puerta trasera. Se abrió la doble puerta metálica.

—Salgan ya —dijo una voz.

Gold y Brian se miraron. No podían hacer otra cosa que obedecer. Y obedecieron.

Salieron del vehículo lentamente, abrazados todavía entre sí. Vieron a Victrix, a los hombres de la Convención... Les esperaban, alineados frente al coche, con sombría mirada.

Una persona invisible hasta entonces para ellos, emergió de un lado de la furgoneta.

Se quedó mirándoles fijamente.

—Hola, Kervin —saludó—. Me alegra llegar a tiempo.

Brian le miró, sin entender. El rostro le era familiar, pero...

—No sé —sacudió la cabeza—. ¿Nos conocemos usted y yo?

—Cielos... —resopló el hombre. Miró a Victrix de soslayo—. ¿No dijo usted que había recobrado la memoria? Me mintió.

—El me mintió a mí —silabeó ella, furiosa—. Creí que había salido de su amnesia...

El hombre a quien Brian pugnaba por reconocer, arrugó el ceño, pensativo. Miró a Kervin preocupado. Éste observaba la presencia de otros hombres, provistos de fusiles ametralladores. Hombres que encañonaban a Victrix, a los pistoleros disfrazados de electores de Randall...

—Siento lo que le pasa, Kervin —suspiró el desconocido—. Trataremos de sacarle de esa situación, por todos los medios a nuestro alcance. Yo soy Emmett H. Pearson. ¿Me recuerda ahora? Emmett H. Pearson, Director de la División de Seguridad Nacional del FBI...

Kervin meditó. Meneó la cabeza, negativo, tras el esfuerzo realizado.

—No —musitó amargamente—. No le recuerdo en absoluto, señor...

CAPÍTULO VII

EXTRAÑA CIRUGÍA

El doctor Hamilton Warden sonrió.

—Y a puede levantarse, Kervin —habló con sencillez—. Está curado.

Brian Kervin se incorporó lentamente. No sintió molestias. Ni dolor de cabeza, ni mareos, ni fatiga. Se encontraba bien. Miró fijamente al hombre de cabello blanco, sonrisa cordial y bata de facultativo.

—¿Ha sido muy largo, doctor Warden? —preguntó.

—No mucho —el médico se encogió de hombros—. Justamente tres días.

—¿Tres días? —se asombró Kervin—. ¿Aquí metido?

—Aquí, y en otros lugares. Pero todo dentro del mismo edificio. Todo controlado rigurosamente por el Cuerpo especializado de los Laboratorios Federales.

—¿Y...?

—Usted mismo tiene la respuesta. ¿Recuerda ya *todo*?

Brian reflexionó. Arrugó el ceño. Era agradable esto de pensar, de *recordar*...

—Sí, suspiró. —Todo, doctor.

—¿Incluso el período en que se bloqueó su memoria?

—Incluso eso, sí —estudió pensativo al médico—. ¿Qué tenía exactamente, doctor Warden?

—Amnesia, Kervin.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Cómo la provocaron? ¿Alguna droga?

—No —rechazó el médico especialista, del cuadro clínico de la Oficina Federal de Investigación—. No hay droga que hubiese causado efectos tan largos. O de existir, no habría luego remedio, y la memoria se habría perdido para siempre, como se pierde el cabello cuya raíz enferma y muere.

—¿Entonces...?

—Cirugía, Kervin.

—¿*Cirugía*? —Se estremeció Brian, perplejo.

Se tocó la cabeza, con horror. No había advertido cicatriz alguna.

—No, no. Nada de señales ni cicatrices. Fue una cirugía muy... especial.

—¿Especial? ¿En qué sentido?

La Ciencia avanza cada día más, Kervin. Ya se han logrado radiografías del interior del cuerpo humano, tomadas desde dentro. Y fotografías a base de una cámara microscópica incrustada en los tejidos del estómago, los órganos genitales femeninos, etc. No se deja de progresar en ese terreno, hora tras hora. La electrocirugía existe, aplicada desde el exterior. Así se efectúan delicadas intervenciones cerebrales, oftálmicas y todo eso.

—No soy un experto en Medicina, doctor. ¿Adónde va a parar con todo eso?

—A esto, Kervin: le operaron a usted un centro nervioso preciso, aquel que controla los reflejos de la memoria, todo lo que podemos recordar. Paralizando una parte de su mente, le borraron toda clase de evocaciones, anularon su memoria en forma radical. La operación, según hemos descubierto antes de reintegrarle a su función normal dicho centro nervioso, consistía en el bloqueo de esos nervios, por medio de unas fibras especiales, injertadas por una especie de micro-bisturí *inyectado* en su cráneo, a través de los tejidos. Una vez dentro, el cuerpo extraño no le molestaba, por su especial estructura y adaptación a los puntos más delicados del cuerpo, y actuaba en forma casi independiente, pero en realidad siempre movido y coordinado *desde el exterior*, por medio de ondas eléctricas especialmente emitidas por un emisor sincronizado a las micro-bacterias y sistema de acción del cuerpo quirúrgico introducido en su cráneo, Kervin.

—¡Dios mío! —resopló Brian, aferrándose la cabeza con ambas manos. Se estremeció—. ¿Y ese chisme ya ha sido extirpado de...?

—Por supuesto —rió Hamilton Warden—. Una vez localizado el elemento extraño, no era difícil ni arriesgado paralizar por medio de ondas eléctricas también procediendo luego a su extracción. Los expertos están estudiándolo ahora. Pero no hay duda de que se trata de una verdadera obra de arte en electrocirugía. Algo que puede revolucionar a los futuros métodos de la especialidad.

—Cielos, es como si fueran superhombres, doctor Warden.

—¿Superhombres? ¿Quiénes?

—Nuestros enemigos. Poseen métodos formidables de lucha. Logran bloquear pensamientos, controlar a las personas a distancia, hacer de ellas casi unos auténticos robots...

—No hay superhombres, Kervin, y usted lo sabe —suspiró el médico—. Sencillamente, son una organización colosal, de gran fortuna, con medios costosísimos, con gente experta reclutada sin duda en muchos terrenos de la Ciencia y de la Técnica... e incluso del Crimen Organizado.

—De sobra lo sé, doctor. Estamos metidos en una lucha absurda, contra alguien del que apenas sabemos nada...

—Como usted dijo antes sobre la cirugía, tampoco eso es mi especialidad —sonrió pensativo el médico—. Pero he hablado con Pearson sobre lo que sucede. Ellos, al parecer, saben mucho sobre nosotros.

—Demasiado. Controlaban mis movimientos, sabían que yo era el Agente M-31, del FBI, en misión especial. Me capturaron y me inutilizaron previamente, para hacer de mí un ser inútil... Sólo que la intervención en mi centro nervioso no debió ser perfecta, y yo recordaba cosas, aunque vagamente. Cuando se dieron cuenta de que vagaba por ahí, huyendo de algo que sabía constituía un peligro mortal, temieron que fuese más fuerte que sus métodos científicos, y resolvieron capturarme y asesinarme... Les falló eso también, gracias a mi instinto, que actuaba libremente, sin someterse casi a mi voluntad.

—¿Ha podido averiguar algo de valor en sus correrías de estos últimos días, Kervin?

—Poca cosa —suspiró Brian—. Me he percatado de que su poder es inmenso... pero eso todavía me preocupa más. ¿Qué hay tras todo esto, doctor? Me gustaría saberlo...

El doctor Hamilton Warden afirmó despacio. Luego, musitó a flor de labios:

—Y a mí, Kervin. Y a su jefe Pearson. Y a todo el FBI...

* * *

Entre las manos de Pearson estaba ahora un *dossier* de cubiertas negras, rotuladas en blanco. Kervin leyó su título:

«CASO WASHINGTON. —X».

Era el nombre-clave del asunto que estaba en sus manos. Una alusión a la capital federal de la Nación, y era suficiente.

Abrió Pearson el expediente. La primera página, mostraba una cartulina con el rostro de aquel hombre que aparecía por todas las esquinas, pantallas, pancartas y programas televisados del país: Randolph Randall...

Debajo de esa fotografía y de unos textos de archivo de Randall se leía la tremenda etiqueta negra, adherida recientemente a todos los datos del candidato a la Presidencia de los Estados Unidos:

«MUERTO».

* * *

—*Muerto...*

—Hay que hacerse a la idea, compéndalo. Randolph Randall está muerto. Ahora, de nosotros depende todo.

El hombre erguido ante Kervin y Pearson, dio unos pasos por la estancia, siempre de espaldas a ellos. Era alto, atlético, y vestía bien. El tejido de su traje era de inmejorable calidad, y el sastre debía ser el mejor de la ciudad. O del país.

M-31

y su jefe, cambiaron una mirada. Luego, Pearson habló con voz grave:

—Cuando Randall fue asesinado, creímos que se hundía todo.

—Corro muchos riesgos, señor Pearson. Mi vida está en juego. Antes, mataron a Randolph Randall. Al *verdadero* Randolph Randall. ¿No pueden hacer lo mismo conmigo ahora?

Y se volvió.

Se volvió, y

M-31

dio un respingo. Contempló, asombrado, el rostro del hombre. Era el rostro de Randolph Randall.

* * *

—Es una farsa censurable, Kervin. Pero no hay otro remedio.

—Un actor... ¡Un actor presentándose a la Casablanca! —Brian sacudió la cabeza—. Resultaría cómico, si no tuviera dentro tanto dramatismo, señor.

—Dudley Nichols no es un actor vulgar. Es un superdotado.

Y su parecido con Randall, era ya notable antes de esto. La cirugía plástica ha hecho el resto. Nichols tiene prestancia y categoría para fingir ser una personalidad. Lo hará, pese al miedo que tiene encima, y que no podemos reprocharle. Engañará a todos, haciéndoles creer que es Randall, y que sigue vivo.

—El fraude llega a alturas inconcebibles ya —suspiró Brian—. Creamos presidentes o candidatos, con la misma facilidad con que Frankenstein creaba monstruos.

—Dios quiera que no estemos creando ahora un monstruo que nos devore a todos. Y no me refiero a Nichols, sino a todo este asunto endiablado.

—¿No sería mejor confesarlo todo, abandonar el juego, pactar con Mulhouse y permitir que él sea elegido presidente, si vence a su antagonista más cualificado?

—No —rechazó tajante Pearson.

—¿Por qué? ¿Tanto teme a Mulhouse?

—Mucho, Kervin.

—¿Es un tirano, un loco...?

—No. No lo creo.

—¿Un comunista?

—Menos aún. No, no es eso.

—¿*Qué* es, entonces? Es la única parte del asunto que jamás he logrado entender por completo, señor.

—Social, política y económicamente, Mulhouse es intocable. Algo malo debe tener un país libre, y en este caso, ese mal está en un gran bien habitual: nadie puede ser injuriado o calumniado sin pruebas. Todos tienen derecho a obrar como gusten, dentro de los cauces de la ley y de la sociedad. No podríamos hacer nada contra; Mulhouse. Acusarle de algo, sonaría a ridículo. Nadie iba a creernos. Y no tenemos prueba alguna de nada.

—Prueba alguna..., ¿de qué? ¿Qué ocurre con Stuart Mulhouse, señor?

Pearson eligió cuidadosamente sus palabras. Luego, habló con

calma, con firmeza:

—Ahí está lo malo, Brian. No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Es enloquecedor. Sabemos que existe *algo*. Y no podemos mover un dedo contra él. Repetidas veces ha pedido entrevistarse públicamente con Randall..., pero justo *después* de sufrir éste el atentado mortal. Es como si supiera ya lo del atentado, y quisiera forzarnos a confesar nuestra farsa...

—¿Cree que él hizo estallar el micrófono ante el rostro de Randall?

—Estoy plenamente seguro de eso —afirmó Pearson.

—Pero eso iba sucedido después de que el FBI pusiera en marcha este juego. ¿Por qué? ¿Qué supieron sobre Mulhouse, para actuar así?

—Muy poco, Kervin... Unas palabras. Solamente unas palabras... emitidas por un moribundo.

—¿Unas palabras? ¿Un moribundo? No entiendo...

—Un hombre, antes de morir, habló con la persona que le atendía. Sus palabras fueron extrañas, increíbles. Aquel hombre, con sus últimas fuerzas, vino a decir: «El..., el presidente será... un tirano, Un enemigo de América, de la libertad... Lo sé... Lo sé... ¡Es muy grave, es algo realmente espantoso! Le controlan... Le controlan ellos... Los Superhombres... El encefalograma... Vean el encefalograma... ¡Por Dios, han de verlo para entender...! Su cerebro... Mulhouse... no..., no debe de ser... presidente...».

—Cielos. ¿Qué sentido puede tener eso? Encefalograma... Los Superhombres...

—También yo me lo pregunté entonces, Kervin. No tenía sentido alguno para mí.

—El hombre podía ser un enfermo, un demente... sufrir alucinaciones...

—No, en absoluto —rechazó Pearson—. El moribundo era un agente especial de la CIA.

Y quien le atendió, el inspector Talbot, del FBI...

Brian inclinó la cabeza.

—Entiendo —suspiró—. ¿Hay más, señor?

—Sí, hay más. Investigamos eso cuanto nos fue posible. El agente de la CIA había sido enviado para investigar en torno a su información anónima sobre posibles infiltraciones enemigas en la Casablanca y

en el Gobierno. Lo sucedido daba cuerpo a la idea. Se confirmó que el agente de la CIA fallecía de un ataque cerebral. Pero el médico no supo definir qué clase de ataque era aquél. Siempre he pensado que fue provocado por «algo» o «alguien»...

—¿Con un ataque cerebral?

—Usted sufrió amnesia —le recordó fríamente Pearson—. Y Gold, estaba controlada mentalmente a distancia. En cuanto a Victrix, sufre bloqueo mental para que no nos sea útil en un interrogatorio. ¿Duda sobre la posibilidad de una muerte a distancia, cuando existe alguien capaz de controlar mentes ajenas, como si manejase marionetas de carne y hueso?

—Conforme —aceptó Kervin—. Todo parece posible. ¿Se averiguó lo que significaba la alusión del agente de la CIA a ese encefalograma?

—Sí. Se averiguó cuanto era humanamente posible. Se buscaron encefalogramas de Mulhouse. No se puede obligar a un ciudadano respetable, que además es candidato a la Presidencia, a hacerse nuevos encefalogramas. Acudimos a su médico, a su clínica particular. —¿Y...?

—Era curioso. No existía ninguna copia de esos encefalogramas. Un «accidental» e inoportuno incendio, había quemado una serie de archivos entre los que, lamentablemente, se hallaban los encefalogramas de Mulhouse. Me desesperé, hasta que un agente localizó casualmente a un radiólogo privado, que atendiera una vez al candidato, y en cuyos archivos estaba la radiografía craneana de Mulhouse. Logramos obtener una copia de esa radiografía.

—¿Algo importante?

—¿Importante dice? —Pearson puso un gesto casi exasperado, cuando respondió a la pregunta de Brian Kervin. Nada más obtener esa radiografía, un camión cisterna de gasolina, situado «por pura casualidad» ante el edificio donde ese médico tenía su consultorio, se inflamó y estalló, volando parte del edificio en el siniestro. Murió el radiólogo, y se arruinó su archivo de radiografías.

—Pero ustedes tenían ya la copia...

—Sí. Teníamos la copia, Brian. Va a verla...

Abrió otro compartimiento de aquel expediente llamado *Caso Washington-X*, considerado por Emmett H. Pearson como *top secret*. Extrajo una nueva ficha. Esta vez no era la del difunto

Randolph Randall, sino la de su oponente, el candidato Stuart Mulhouse. Alto, cetrino, altivo y dominador, con ojos grises, cabello blanco plateado, nariz de halcón, boca delgada y firme, de tez oscura y tersa, sobre las angulosas faetonas.

Adherida a esa ficha, iba una radiografía. Pearson tendió a Kervin la placa transparente, que él estudió a contraluz, pensativo.

—Parece normal —señaló Brian—. A excepción de...

—A excepción ¿de qué?

—De esa mancha... Esa señal en plena masa encefálica, sobre un centro nervioso... Parece un tumor, o cosa semejante...

—He tratado la cuestión con expertos. No. No es un tumor. Si lo fuese, Mulhouse hace años que estaría muerto, hallándose el mal justamente en ese punto. No, amigo mío. Sencillamente, Stuart Mulhouse tiene una especie de placa de forma oblonga, sobre un centro nervioso que controla sus reflejos, su voluntad y su iniciativa... No sabemos lo que ello sea, pero es poco para presentarlo como prueba ante el Senado, pongamos por caso, en un afán por impedir la celebración de elecciones.

—Se podría exigir un estudio más profundo de su cerebro, por parte de una comisión médica especializada, y de otra senatorial...

—Demasiado riesgo, Kervin. El solo hecho de convocar todo eso, implicaría un insulto, un agravio público a Mulhouse, del que haría él buen uso en su campaña. Y... ¿Quién nos dice que él no puede despojarse o ser despojado de esa placa o lo que sea la mancha radioscópica, dejándonos luego en el más espantoso de los ridículos? Es un candidato a la Presidencia, recuérdelo. Hay que manejar todo con sumo tiento. No ya por nosotros, por nuestro prestigio, sino por lo que significa para nuestro país la buena fe en sus gobernantes, la confianza en su política y sus métodos, la creencia en unas instituciones que simbolizan el fondo y forma de nuestra sociedad. No podemos jugar con todo eso alegremente, Kervin, aun teniendo alguna posibilidad de triunfo. Y, en nuestro caso, esas posibilidades son remotas, si Mulhouse o sus «amos» son tan listos como se puede imaginar...

—Sí, le entiendo. Usted sigue creyendo que él, Stuart Mulhouse, candidato a la presidencia de los Estados Unidos..., es una marioneta en manos de otros que controlan su voluntad y sus actos: Los Superhombres.

—En efecto.

—Pero... ¿quiénes son Los Superhombres?

Inesperadamente, Pearson afirmó:

—Tengo la respuesta, Kervin. Lo creo.

—¿Usted? —dudó su agente especial

M-31.

—Eso dije. Tal vez mis ideas le defrauden, Kervin, aunque sé que no es nada imaginativo salvo para aquello que es preciso a su misión, y sabe estar con los pies apoyados siempre en tierra firme de las realidades. Para mí, Los Superhombres mencionados por el agente moribundo de la CIA, existen. Existen, y pueden controlar a Mulhouse, como le controlaron a usted, a Gold, a Victrix, o pueden controlarme a mí. Es una especie de invasión extraterrestre... sin entes planetarios ni astronaves. Es... la metamorfosis del Hombre en Superhombre.

—¿Nietzsche? [4].

—No exactamente —rechazó Pearson—. Me refiero al Superhombre físico, no al metafísico. ¿Por qué no puede existir el laboratorio de los Superhombres? Una modalidad, una innovación, un perfeccionamiento físico y mental en el Hombre vulgar. Y ya tenemos el superdotado capaz de todo. El eterno mito del monstruo, que no tiene por qué ser feo, realmente atroz y espantable de aspecto, como la mujer amada no tiene por qué ser siempre bella. El Superhombre por cultivo. El ser superior, capaz de lograr lo que a otros está vedado.

—Y todo eso, ¿por qué?

—¿Por qué? Si lo supiera...

Hubo un silencio. Largo, denso, cargado de tensión.

—Según usted, señor, lo que sea está *dentro* de América misma. Y Mulhouse es su marioneta, su *robot* dócil...

—Sí, Kervin.

—Bien. —Brian se inclinó hacia él—. Iniciamos esto solamente como un plan para vencer a Mulhouse, de cara a las urnas electorales. Pero tal vez no sea ése el apropiado campo de batalla que necesitamos.

—¿Qué quiere decir?

—¿Voy a seguir ocupándome del caso?

—Está íntegro en sus manos,

—afirmó rotundamente Pearson.

Brian no respondió a eso. Se encaminó al teléfono. Lo descolgó. Marcó un número febrilmente. Pearson le veía hacer, con expresión pensativa.

—¿Venus? —indagó Brian por el aparato—. Aquí M-31. Sí, en persona... Celebro hablar con usted sin considerarla una enemiga. Venus, hable con..., con Randall. Diga al candidato que aceptará, para esta noche en el set de televisión de la NBC, una entrevista televisada, una polémica frente a Stuart Mulhouse, como él ha solicitado en diversas ocasiones.

—¡Kervin! —aulló Pearson—. Eso es arriesgado. La televisión, millones de espectadores... Los focos, Mulhouse asaeteando a su interlocutor, sus esbirros en acecho... Cualquiera podría descubrir entonces que Randall no es Randall...

La mano de Brian hacía repetidos ademanes para que callase su jefe. Entretanto, concluyó al teléfono, con voz dura, fría:

—Sí, Venus. Haga lo que le digo. Concierte ese coloquio entre candidatos. En la NBC. De lo demás, me ocupo yo.

Colgó. Sonreía con extraña frialdad cuando se volvió a Pearson. Éste le interpeló, preocupado:

—Brian, ¿cree que está obrando bien ahora?

—Sí, muy bien. Va usted a enviar cámaras de televisión..., y cámaras especiales para rayos X a esa entrevista televisada.

—¡Kervin! ¿Quiere dar a entender que...?

—Quiero darle a entender que mientras ellos hablan ante la audiencia de la televisión, unas cámaras de rayos X se ocuparán de obtener fotografías de Mulhouse. Y que, durante la entrevista, Randall va a retar a su antagonista a probar que su estado de salud es bueno, tan bueno como el suyo. Mulhouse no tendrá otro remedio que aceptar cualquier prueba pública, para que no circule la especie de que puede estar enfermo. En ese caso, el encefalograma será parte de ese examen ante millones de telespectadores, señor. A mi juicio, va a ser una prueba perfecta..., que nos dará suficiente materia para acusar a Mulhouse de estar controlado a distancia por alguien. Si las pruebas son positivas, naturalmente.

—Cielos, Brian... —resopló Pearson—. Es audaz, pero ingenioso.

¿Usted cuidará de los detalles?

—Sí —rió Brian.

LIBRO SEGUNDO

LOS MACROHUMANOS

CAPÍTULO PRIMERO

ACCIÓN

—Esa emisión debe cesar.

—¿Ahora?

—Ahora mismo, sí. En el acto.

—Bien, Inch. Se hará.

—No fracasas, «Silencioso». Lleva contigo a diez hombres.

—Sí. No fracasaré.

—Tomad las máscaras. Y recordad: nada de violencias. Matar a uno cualquiera de los candidatos reunidos ante las cámaras, sería un escándalo nacional: No quiero líos. Las cosas deben hacerse ordenadamente.

—Entiendo. ¿Qué debo hacer?

—Sólo lo ordenado: interrumpir la emisión, y destruir las cámaras de televisión de todo género que encuentres a tu paso. No todas serán lo que parecen.

—¿No? —Se mostró perplejo el pistolero del cabello platinado.

—No, imbécil —masculló el diminuto enano de pelado cráneo—. Unas, son realmente cámaras de televisión. Las demás son simples proyectores de rayos X.

—¿Y también deben ser destruidas?

—También. Todo ello sin que peligren las vidas de los candidatos. No nos conviene crear un escándalo. Sólo destruir esas cámaras, ¿entendido?

—Perfectamente, sí. Me sobraré personal con el que me asignas, Inch.

—De todos modos, utilízalo. Puede hacerte falta. —Inch meneó la cabeza sobre su pequeña y grotesca figura agazapada tras el volante del automóvil—. Yo esperaré aquí, con dos hombres más. Es todo, «Silencioso». Demuestra que tienes más acierto en esto que en matar a

M-31.

—¡No sé cómo pudo suceder, Inch! Yo..., yo estoy bien seguro de

haberles acertado a él y a la cibica, a Gold... Luego, estuvo el colector, las basuras... ¿De eso también yo tengo la culpa?

—No sé quién tendrá la culpa, en definitiva —irritado, Inch accionó el pequeño televisor a transistores acoplado al tablier de su coche. La pequeña pantalla de nueve pulgadas se iluminó en crudo azul. Formó figuras, tras unas rayas confusas. Y emergió la imagen. Una imagen con dos hombres populares, conocidos ya en todo el país. Dos hombres entre los que se hallaba el futuro presidente de los Estados Unidos: Randolph Randall, y Stuart Mulhouse. En medio de ellos, una bella y rubia presentadora de cabellos de oro. Y un elegante presentador, en *smoking* gris, también muy conocido para ellos.

—¡M-31! —masculló «Silencioso», apretando sus mandíbulas con fría ira—. Presentando el programa en televisión...

—Sí. Al parecer, nuestro agente especial del FBI ha cambiado de profesión —masculló Inch. Luego, juró entre dientes, para añadir—: ¡No sé de quién es la culpa, «Silencioso», pero ahí tienes a M-31,

y eso es lo que cuenta! Resulta obvio suponer que no está ahí por amor al trabajo en televisión, sino porque sirve de guardaespaldas oficial a Randall... Lo que no concibo, es su audacia al aparecer ahí. Muy seguro de sí debe sentirse, o eso forma parte de la trampa, para que piquemos en ella.

—¿Trampa? ¿Qué trampa? —Pestañeó el rubio asesino.

Inch parecía cargado de paciencia al suspirar, comentando con parsimonia:

—La que nos quiere tender el FBI, dando a entender que lo sabe todo: Kervin en el estudio de televisión, la chica Gold a su lado, los candidatos enfrentados ante cámaras de televisión y de rayos X... También hay radioscopios ocultos, que han detectado nuestros sistemas de alarma. Es obvio que han montado un buen tinglado para cazar a su presa. Pero no contaron con nosotros. Esas radioscopias jamás deben ser reveladas ni vistas. ¡Destruíldo todo! Y, muy especialmente, cuanto sea de rayos X o similares, así como los aparatos eléctricos para encefalógrafos y todo eso. Vamos, id ya. No podemos perder tiempo. Randall acaba de retar a Mulhouse a una prueba psicotécnica y clínica, ante las cámaras. Mulhouse se ha visto obligado a aceptarla. Kervin espera el resultado de eso,

mientras los radioscopios automáticos funcionan. No quiero que nada quede indemne después del ataque. ¡Adelante!

Hizo un vivo gesto. Los hombres silenciosos y graves que se agrupaban en dos furgonetas, tras ellos, recibieron instrucciones en clave, por radioteléfono. Sus rostros no reflejaron demasiada inteligencia ni comprensión, pero asintieron al unísono, y comenzaron a actuar.

Máscaras de una goma elástica, ligera, sumamente flexible, se amoldaron a sus cabezas, como cascos completos, que sólo dejaban asomar los ojos por dos resquicios, y silueteaban nariz y boca, aunque deformándolas extrañamente. Su color era platinado oscuro, como monedas de plata algo deslucidas por el uso. Guantes de igual materia y coloración, cubrieron sus manos.

Esa maniobra, la hicieron diez, de la docena de hombres inexpresivos que escoltaban a Inch y a «Silencioso». Luego, el grupo salió de sus respectivos vehículos, uniéndose a «Silencioso», que había cubierto su cabeza con otra máscara semejante, pero de color oro viejo.

—Vamos —siseó con extraña voz ronca, tras la máscara.

Avanzaron hacia el cercano edificio de televisión. Llevaban largas gabardinas oscuras, impersonales, casi como un uniforme. De debajo de ellas, extrajeron, sus manos enguantadas, largas pistolas, semejantes a las que utilizaban como fusil-arpón bajo las aguas. Eran pistolas de angosto cañón, rematado en un dispositivo más ancho, en forma de embudo. La empuñadura, era exactamente la de una pistola de pesca submarina.

Inch suspiró, apacible, recostándose en el asiento y dispuesto a esperar lo que fuera preciso. Fumaba con lentitud un cigarrillo con boquilla de metal plateado. Sus ojos entornados no revelaban emoción alguna.

Controlaba el tiempo por un complicado cronómetro de esfera negra, cuajada de cifras, signos y toda clase de esferas más reducidas. Cuando hubieron transcurrido unos dos minutos, presionó una de las cinco coronas del raro cronómetro. Se encendió el tenue fluorescente verde de una de las esferas. Emitió un zumbido leve, difuso, muy lejano. Una voz diminuta emergió del reloj, como si éste fuese una radio transistorizada:

—Informe. Informe, Inch. Escucho... Super-2 escucha...

—Inch informando a Super-2 —habló lentamente Inch—. Inch informa. Escuche, Super-2... El grupo ha partido ya hacia la emisora. Va a actuar conforme a lo previsto. —Bien. Téngame al corriente de todo. Si las cosas salen mal, ¿sabe lo que tiene que hacer?

—Sí —sonrió Inch cruelmente—. Todos ellos, incluido «Silencioso», llevan telecronos conectados a esta misma frecuencia. Bastará con oprimir la corona central. Emitirá la onda explosiva. Y la microbomba estallará en el acto, aniquilando al grupo en su totalidad. Está todo previsto, Super-2.

—Bien. Aléjese de ese punto. Conecte la esfera roja, y espere. Si todo va bien, en menos de cinco minutos debe de estar hecha la tarea.

Cerró el complicado cronómetro emisor-receptor de radio, con control a distancia sobre detonadores de explosivos de pequeño volumen y mortíferos efectos. Puso lentamente el coche en marcha. Su escolta personal, compuesta solamente ahora por dos hombres taciturnos e inexpresivos como auténticos robots, se limitó a seguirle con el segundo automóvil, como si obraran por pura mecánica o instinto.

Cambió de corona en su manipulación siguiente. Se apagó la pequeña esfera verde, y brilló ahora otra de círculo rojo, con cifras anaranjadas. Una aguja comenzó a moverse lentamente sobre sus signos.

—El sistema detonador de las microbombas, está en marcha —señaló Inch para sí, hablando consigo mismo—. Ahora, sólo falta conectar el receptor con la onda común a «Silencioso» y su grupo... Para eso, bastó girar la aguja del minuterio hasta la cifra siete. En el acto, surgieron siseos del cronómetro. Esperanzadores siseos, por cierto, para Inch. Era la voz de «Silencioso», el asesino rubio de la organización. «Silencioso», con una pequeñísima, insignificante voz en el diminuto altavoz del cronómetro mágico de Inch:

—Preparados, muchachos... —susurró «Silencioso» en el cronómetro—. Aquél es el set de la NBC donde tiene lugar el programa. Alzad vuestras magneto-pistolas. Disparadlas en cuanto yo avise... ¡Y destruidlo todo en menos de cinco segundos! Es todo el tiempo de que disponemos, para escapar luego con toda rapidez. Apuntad primero a las cámaras de televisión, que no son tales. El

detector de Rayos Roentgen de vuestras armas, os indicará dónde se hallan exactamente. Son los primeros artefactos que han de ser destruidos. Luego, los electroencefalógrafos que veis ahí, montados en el escenario donde se realiza ahora el programa, allá bajo los focos... Adelante. No tiréis a los candidatos. A ninguno de los dos. Pero si

M-31

o la chica Gold se hicieran peligrosos..., ¡oprimid el botón de la ultra-carga, y tirad *a matar!*

Inch sonrió, pensativo. «Silencioso» no era muy listo. Pero sabía matar. Le gustaba matar. Y eso era importante. Muy importante. Incluso los Superhombres necesitaban de verdugos, pensó el monstruoso enano de cráneo pelado...

* * *

—¡Fuego!

Fue la voz ronca, apagada por la máscara dorada, que emitió «Silencioso».

Sus diez hombres, agrupados en dos abanicos de cinco artilleros prestos al disparo, apretaron los gatillos curvos y fáciles de sus extrañas armas, casi futuristas. Una auténtica masa de rayos azulados, chisporroteantes, destructores, partieron hacia la barrera compuesta por una serie de cámaras de televisión en semicírculo..., de las que no todas eran realmente cámaras de televisión.

Cayeron los haces de modernos rayos destructores sobre las macizas piezas electrónicas de la NBC. Aquella gama zumbona y deslumbrante de rayos magnéticos, atraídos exclusivamente por los metales, y dotados de partículas destructoras de alta fuerza eléctrica, bastaba y sobraba para dejar la emisora en sombras, desprovista de energía, y para aniquilar hasta el último mecanismo eléctrico que hubiera bajo el techo del palacio de emisiones de la National Broadcasting Corporation.

Y, sin embargo, ante el estupor de «Silencioso» y de su pequeño y sombrío ejército, nada de eso sucedió.

En vez de ello, algo se interpuso entre los chispazos azules y las cámaras de televisión y demás elementos situados en el lugar. Algo que parecía pura magia, simple prodigio, ya que el aire pareció

materializarse, formando una especie de muralla intangible, imposible de ver, ante la lluvia aniquiladora de elevada tensión canalizada para destruir todo cuerpo electrónico.

Tras aquel «algo» que parecía proteger con su mágico poder a personajes y material técnico, ni una sola chispa, ni una inquietud, ni un impacto. Millares de chisporroteantes ráfagas azuladas, cegadoras, se abrieron en cascada allí donde fuera detenido el alud destructor, y murieron en el suelo, como simples fuegos de artificio fallidos.

Brian Kervin y Gold, Mulhouse y Randolph, se volvieron a coro, contemplando, con tanto estupor aparente como el propio personal técnico de la NBC, el insólito suceso. Durante unos segundos extraordinariamente breves y, a la vez, increíblemente largos, los dos grupos se contemplaron. A un lado,

M-31

y los demás. Al otro, «Silencioso» y sus diez enmascarados de plata, desconcertados e indecisos.

Sin embargo, «Silencioso» no era tan estúpido como Inch podía imaginar a veces. En el acto adivinó lo sucedido, la única explicación plausible para aquel fenómeno:

—¡Un muro de cristal blindado! ¡Han situado un muro de cristal entre ellos y nosotros! ¡Vamos, utilizad las ultra-cargas! ¡A eso no podrán resistirse los vidrios, por mucho que sea su blindaje!

Influyó en esa decisión de «Silencioso» el hecho de que los dos candidatos retrocedían, protegidos por

M-31,

para ir a desaparecer por una puertecilla metálica, al fondo del set. Los técnicos de televisión parecían asustados, y al cerrarse la puerta, sólo

M-31

provisto de una voluminosa automática calibre 45, rodeando a Gold con un brazo, parecía dispuesto a hacerles frente, tras la muralla de blindaje cristalino y diáfano como el propio aire.

Los enmascarados de color plateado, se agazapaban ya tras decorados y cámaras del otro set, apuntando sus armas hacia el vidrio de gran espesor, hecho a prueba de balas. Pero «Silencioso» sabía que ningún cristal existía, capaz de resistir una ultra-carga de partículas Láser, capaces de perforar el cuerpo más sólido, pese a

que la potencialidad del rayo era sólo limitadísima y de alcances muy leves. De otro modo, hubiera sido como desencadenar un caos de imprevisible final.

El rojo botón lateral de ultra-cargas, fue presionado por diez dedos nerviosos y despiadados, cuando hizo un gesto «Silencioso». Un sonido sibilante, ensordecedor, se produjo. Diez franjas delgadas, penetrantes, de acerado y frío brillo, zumbaron en el aire, como lápices luminosos, sorprendentemente delgados apuntando hacia la pared de vidrio blindado que se interponía entre ellos y Kervin y los demás...

Eran auténticos rayos de muerte. Rayos de perforación terrorífica, que pronto hendieron el vidrio como si fuese lo más frágil, produciendo orificios de los que pronto surgieron grietas, a medida que las líneas de luz láser iban hendiendo y hendiendo la pared vítrea.

El maro de cristal se desmoronaba.

Y

M-31

permanecía aún ante ellos, pistola en mano, como aguardando a que no hubiera barreras entre él y los asesinos enmascarados.

CAPÍTULO II

HACIA LOS SUPERHOMBRES

«Silencioso» y sus hombres lograron finalmente el derrumbamiento del muro de vidrio blindado.

Las armas láser, apuntaron ahora hacia Brian Kervin, hacia Gold y los técnicos que, despavoridos, huían en todas direcciones, abandonando sus equipo de transmisión.

Sólo Kervin, desafiante, sonreía con frialdad, contemplando a los asesinos como si todo aquello no fuera con él.

—Estás muy seguro de ti mismo, puerco —jadeó «Silencioso», coléricamente—. ¡Fuego, muchachos! ¡Destruid a M-31

de una maldita vez por todas!

Kervin alzó la mano armada, protegiendo a Gold contra sí, o al menos dando esa sensación, ya que nada ni nadie podía proteger a un cuerpo vivo, sometido a la luz láser, proyectada con suficiente fuerza y fijeza como para hacerla mortífera.

Dispararon los asesinos. Se pusieron incandescentes las bocas de sus extraños rifles futuristas, dignos de una escena de ciencia-ficción. Brotó aquella especie de lápiz de luz, taladrante y cruel, capaz de atravesar el diamante o el más grueso acero.

Las figuras de todos se envolvieron en la luz mortal. Especialmente, un halo pavoroso de láser cubrió de luminiscencia de muerte a Kervin y a Gold...

Después, bruscamente, como pulverizados por una fuerza satánica, los cuerpos de Brian Kervin y de la muchacha de los cabellos de oro, se quebraron, se pulverizaron, desapareciendo totalmente ante los ojos de sus asesinos...

«Silencioso» lanzó un largo aullido que no se podía saber si era de júbilo o de ira.

El aullido de «Silencioso» no era de satisfacción. La cólera, la furia más desatada, asomaba en su voz ronca, estridente descompuesta como sil propio gesto. Era como si la victoria sobre Kervin, al verlo caer, desmenuzado, junto con Gold, no pudiera complacerle en absoluto.

Y es que, automáticamente, «Silencioso» había advertido que Kervin nuevamente se burlaba de él, con un recurso primario, elemental, pero ingeniosamente dispuesto, y con medios realmente perfectos de técnica y de iluminación. Todo había sido un colosal truco, un engaño asombroso y desconcertante para él y para sus tiradores.

No era Kervin, ni era Gold tampoco, lo que había caído pulverizado bajo el impacto aniquilador del rayo Láser.

Eran solamente... *espejos*.

Espejos sin reflejo, espejos de superficie mate, tremendamente fiel en su reflejo de la imagen, limpiamente situados tras un muro de vidrio blindado. El láser, al herir aquella superficie de espejo, se había limitado a astillarla, a quebrarla, haciendo desaparecer a M31 y a la chica del pelo dorado. Pero nada más...

—Estáis acorralados —habló la voz de Kervin, del ahora invisible Kervin, a través de altavoces situados en torno de ellos en el amplio set de televisión, con resonancias metálicas, amenazadoras, ominosas—. Estáis cercados, asesinos... La trampa funcionó, y habéis caído estúpidamente en ella. ¡Tirad vuestras armas y rendíos! Sólo así salvaréis la vida...

—¡Están mintiendo! —aulló «Silencioso»—. ¡Vamos, salgamos de aquí! ¡Y si alguien trata de interponerse, disparad vuestras armas! No estamos vencidos aún...

Iniciaron un veloz movimiento, arma en ristre, ominosa la expresión, hacia la salida del amplio estudio de programas televisados. La voz de Kervin se limitó a reír primero, resonando huecamente en el recinto, al brotar de diversos altavoces de metálicos ecos. Los asesinos cambiaban miradas de temor, y escudriñaban los rincones del alto set, en sombras allá sobre sus cabezas, tratando de buscar el emplazamiento de los amplificadores utilizados por Kervin para conminarles.

Luego, la voz de

M-31,

rotunda:

—No hay escapatoria. Todas las puertas están cerradas, y no os dejaremos utilizar la luz láser contra ellas... Antes de que eso suceda, habréis sido aniquilados uno a uno...

Alzó su arma uno de los hombres de «Silencioso», apuntando su arma hacia un punto cualquiera del set. No llegó a disparar. Sonó una seca detonación, un estampido de arma de fuego en algún lugar. Y el hombre rodó, sin un solo grito. Sil entrecejo apareció horadado por un negro orificio, con matemática precisión.

Se hizo un profundo silencio en el set. Los asesinos se miraron de nuevo, con viva aprensión. Dos de ellos soltaron sus armas, como si éstas quemaran. «Silencioso» juró entre dientes, mordiendo nervioso su labio inferior.

Sacudió la cabeza al fin, y emitió un gruñido de ira.

—Está bien —farfulló—. Adelante. Ellos ganan, muchachos. Tirad las armas. Pero no os preocupéis. Inch vendrá a sacarnos de este atolladero muy pronto... Ha sido muy astuto,

M-31

—silabeó el pistolero—. Pero la próxima vez va a ser distinto...

—No habrá próxima vez para ti —replicó la voz de Kervin—. El juego se acabó. Y es sólo el principio. A través de vosotros, estoy acercándome a Los Superhombres.

«Silencioso» se estremeció. Pero no dijo nada. Apretó los labios, en gesto de rebelde hostilidad. Sus hombres empezaban a alinearse, desarmados.

Y entonces sucedió el horror.

Fueron hasta diez pavorosas, secas, ahogadas explosiones. Diez estallidos ásperos, diez llamaradas azules, vivísimas, y sólo nueve gritos de horror de agonía, nueve rostros vivientes que se crispaban con el estupor de la muerte, al ver estallar sus relojes en las muñecas, desgarrando sus manos y brazos, enviando sobre su rostro y cuerpo un alud de pequeñas bolas ígneas que provocaban otras explosiones parecidas a las que hubieran producido gotas gruesas de nitroglicerina.

Nueve hombres vivos y un cadáver, se retorcieron, agitados por las extrañas, mortales explosiones.

—Ya lo vio. Muerte. Muerte para todo el que fracasa o el que triunfa, siempre que ya no sea necesario. Lo hicieron con Gold, cuando me llevó a la trampa. Lo han hecho con «Silencioso» y sus esbirros, ante nuestros propios ojos.

—Es..., es horrible.

—Es algo más: es frío, inhumano, brutal. Es la muerte mecánica, implacable.

—Resulta habitual. El hampa maneja vidas humanas sin la menor piedad.

—El hampa tiene una extraña representación en todo esto —señaló lentamente Brian Kervin—. Creo que no son hampones precisamente los que tenemos enfrente.

—Ese tipo rubio, el que llaman «Silencioso» en el mundo del crimen..., es un hampón. Y lo son también sus esbirros apostilló Randolph Randall, el hombre que todos creían era el auténtico Randall, y que en realidad solamente era un actor representando un papel con sorprendente y elogiosa dignidad.

—Sí. Pero sus cerebros rectores no son del hampa.

—¿No? —había ironía en la pregunta de cariz negativo del otro candidato, de Stuart Mulhouse, quien, junto con su oponente, con Kervin, Gold y el propio director de la División de Seguridad Nacional, formaba ahora un grupo sombrío, dentro de una de las cabinas del gran edificio de televisión de la NBC—. ¿Cómo consideraría usted entonces a quienes ordenan ataques armados, asesinatos, y llegan al extremo de utilizar armas ultramodernas, basadas en los últimos adelantos de la ciencia?

—La forma en que yo pudiera denominarles, no cuenta, señor Mulhouse —rechazó Kervin fríamente—. Lo que realmente tiene valor, es lo que ellos puedan ser.

—¿No estamos ante un vulgar caso de agresión política y social, ante un acto de terrorismo, sabotaje o como quiera llamarlo? El propósito de esa gente era destruirnos, acabar con el programa televisado... y con todos nosotros.

—Lo siento, señor. —Kervin negó rotundamente—. No es eso lo que yo imagino. Ellos iban con muchas precauciones. Les dejaban escapar a ustedes dos, los candidatos a la Presidencia, para ocuparse simplemente de destruir los mecanismos electrónicos del estudio. Solamente cuando yo hice acción de resistir, pensaron en atacarnos

y destruirnos. Pero limitándose a Gold, a mí... y a quien pudiera caer accidentalmente al mismo tiempo.

—¿Por qué habían de respetarnos a nosotros? —objetó el supuesto Randall—. Eso no tendría razón de ser, si lo que buscan es provocar un caos nacional, una situación de crisis, de terror colectivo o de inquietud nacional y, a la vez, mundial...

—Ésa es una de las cuestiones difíciles de esclarecer en este asunto —suspiró el federal. Miró a Mulhouse, pensativo, y el candidato clavó su mirada en él, sin desviarla—. ¿Usted tiene alguna explicación para ello, señor?

—¿Yo? —El tono de Mulhouse era desabrido—. ¿Por qué había de tenerla? Pregunte mejor a Randall. El sería capaz de todo, con tal de ser presidente. Su ambición no tiene límites.

—Mida sus palabras, Mulhouse. —Esté coloquio se supone que había de ser amistoso, no una mutua acusación de absurdos.

—Su amigo Kervin fue el primero en acusarme. O en insinuarlo, al menos.

Brian no comentó nada. Estaba estudiando reflexivamente a Mulhouse.

—Creo que el programa televisado concluyó —dijo de repente

M-31

—. Ahora, nos ocuparemos de «Silencioso».

—¿El pistolero a sueldo? —Mulhouse se mostró interesado—. ¿Dónde lo tienen?

El gesto de Kervin fue enigmático en ese sentido. No reveló sentimiento alguno.

—Estrictamente secreto, señor —fue su respuesta.

—Pero yo debo saberlo...

—Lo siento, señor. No, mientras no sea presidente de los Estados Unidos. Por ahora, el FBI se ocupa de «Silencioso». Esperamos convencerle de que él estaba igualmente sentenciado a morir. Eso significa que sus amos planeaban asesinarle fríamente, como a todos los demás, por medio de su sistema favorito: el control remoto.

—Su coche está dispuesto, señor Randall —indicó—. Hemos traído el de carrocería blindada. Después de lo sucedido en la emisora de la NBC, toda precaución es poca.

—Sí, Venus, gracias por todo —sonrió débilmente el actor Dudley

Nichols, como lo hubiera podido hacer Randolph Randall, de haber sobrevivido aquel día al criminal atentado del micrófono explosivo —. Vamos ya. De todos modos, no creo que aclaremos nada permaneciendo aquí por más tiempo... ¿Me acompaña, Kervin? — Será un placer, señor Randall— afirmó Brian, pensativo.

* * *

La cena fue como todas las que le servían desde que estaba en prisión. Había sido probada previamente por análisis, para evitar los federales que alguien, desde el exterior, tratara de asesinar al prisionero.

Luego, «Silencioso» descubrió la señal. Justamente al sentarse en su litera para cenar con buen apetito, pese a su cautiverio.

Estaba allí. Al filo del plato. Hecha por algún tenedor u objeto metálico, sobre la loza del plato. Una señal casi imperceptible. Una M clara, precisa, inconfundible. La «M» de «Mafia»...

Eso significaba que sus antiguos amigos del hampa estaban cerca y querían ayudarle, porque él nunca los delató, y fue leal con ellos. La Mafia siempre era leal con los que no la traicionaban. Podía tener muchos defectos, pero era leal. Y agradecida. «Silencioso» supo que su cautiverio era ya cuestión de horas, acaso de minutos.

Un simple muslo de pollo, una vez desmenuzado, le mostro que, en vez de hueso, había sido habilísimamente ajustado dentro de un tubo de metal, color hueso. Desenroscado ese tubo hermético, apareció un alambre de forma peculiar: una ganzúa para la puerta de la celda. Dentro, unas cápsulas de vidrio, color grisáceo. Seguramente gas letal, narcótico o lacrimógeno. Sonrió. Lo demás, lo dejaba a su criterio. Y si algo sabía hacer bien «Silencioso», aparte de matar a quien le señalara su patrón, era escapar de una cárcel con aquellos recursos, casi mágicos, encerrados en un muslo de pollo aparentemente vulgar y, sin embargo, cuidadosamente deshuesado y trucado.

La ganzúa intervino en la cerradura justamente a las dos de aquella madrugada. Las cápsulas, estallaron en los corredores y dependencias del edificio federal, momentos después. «Silencioso» se cubría con una máscara hecha con sus ropas, conteniendo el aliento cuanto le era posible.

El gas resultó ser narcótico. Durmió a cuantos vigilantes, policías y agentes federales de servicio halló a su paso. Los encontró inconscientes, inmóviles, abatidos por la neblina grisácea de las cápsulas reventadas en el pavimento...

Le fue fácil apoderarse de una automática, salir del edificio por una puerta metálica posterior, dando un puntapié de burla a un agente federal inconsciente...

Asomó a la calle. Escudriñó la calzada y aceras desiertas, la luz lechosa de las farolas del alumbrado, los grandes cartelones y pasquines: «¡Votad a Randall!». «¡R. R. para presidente!». Y, más allá, con mayor timidez, otro pasquín inmenso: «¡Americano! ¡Elige a Mulhouse para gobernar tu país...!».

Rió entre dientes, sardónico, y echó a andar, pegado al muro de ladrillos. Se alejó, arma en mano. Halló un coche oscuro, de matrícula federal. Logró abrir la portezuela con la ganzúa. Subió a él y lo puso en marcha. Se alejó a todo gas...

De una esquina, asomó lenta, silenciosamente, el morro de un coche gris oscuro. En su interior, alguien encendió un cigarrillo con lentitud. Cambió una mirada con el hombre que empuñaba el volante.

—Parece que el plan marcha... —comentó entre dientes Emmett H. Pearson.

—Sí, señor —sonrió Brian Kervin con frialdad—. Marcha bien todo...

Se inclinó. Conectó algo que tenía entre sus manos. Resultó ser una caja plana, de pasta color marfil, con una pantallita color de vidrio. Como un espejo eléctrico para afeitarse...

No era tal. Se trataba de una pantalla que se iluminó al accionar M-31

un botón de color *beige*. Trazáronse líneas de luz y sombra. Tomaron forma. Se hicieron imagen. Una imagen preciosa, relativamente nítida, pese a las interferencias y ráfagas de parásitos que cruzaban la diminuta pantalla.

Un tablier de coche, un volante, unas manos, la calle, las luces, los luminosos... El ruido de un motor surgía por un pequeño altavoz de rejilla. Luego, fue un silbido alegre, jovial. Silbaban una canción, un *blues*. Se elevó la visual. Apareció un retrovisor. Y en él, la imagen risueña, sonriente y dura, del albino, platinado pistolero apodado

«Silencioso».

Kervin emitió un suspiro. Cerró el botón *beige*. Se apagó la imagen. Quedó oscura la pantalla. El federal tapó el micro-receptor fácilmente, con una tapa metálica. El resultado fue que aquello parecía ahora un vulgar receptor de radio a transistores. Lo dejó junto a sí, en el asiento.

—También funciona el sistema de televisión que «Silencioso» lleva consigo sin saberlo —rió

M-31

entre dientes—. Esperemos que sea lo bastante fuerte el contacto como para mantener la imagen a cualquier distancia con la nitidez precisa.

—¿Se dará cuenta ese hombre de que lleva el objetivo de la cámara de televisión en el alfiler de su corbata, y el emisor y las pequeñas baterías de energía dentro del tacón de su zapato?

—Esperemos que no. —M-31 arrugó el ceño, pensativo. Luego, añadió con aire esperanzado—: Ya está cuanto podemos hacer, señor. Ahora, a ver si «Silencioso» nos lleva hasta Los Superhombres...

CAPÍTULO III

SUPER-2

—Hola, Inch. He vuelto...

Para Inch, fue un sobresalto. Un auténtico y desagradable sobresalto.

—¡«Silencioso»! —masculló—. ¿Tú...?

—Veo que te sorprendes... ¿Por qué, Inch? ¿Esperabas que nunca volvería? ¿Acaso pensabas que podía estar ya muerto...?

—No, no, ¿por qué iba a pensar eso? —Inch vaciló, tratando de mostrarse firme—. Imaginé que te habían capturado y...

—Acertaste. Me capturaron, sí. Tuve la fortuna de perder el cronómetro... ¿Entiendes bien? El famoso cronómetro... Tuve suerte, ¿no es cierto?

—No... no te entiendo —forzó el enano de pelado cráneo una amable sonrisa—. Pero entra, «Silencioso». Acomódate, muchacho. Me alegra verte. ¿No... no te habrá seguido nadie...?

—Descuida —rió burlón «Silencioso»—. Soy demasiado listo para esos puercos polizontes. Me seguían, sí. Desde que escapé de la prisión.

—¿Eh? —se alarmó Inch.

—Fingieron que la Mafia me libertaba. Eran ellos. Del FBI era el truco de un muslo de pollo deshuesado, con un recipiente para ganzúas y gas narcótico. Muy hábiles. Sólo que yo no soy tonto. Lo sospeché. Vigilaba atentamente, y descubrí que me seguían.

—¿Y... les has traído hasta aquí?

—¿Por qué había de hacerlo? —rió «Silencioso»—. No, no lo haría nunca. Sólo porque tú resolvieras matarnos a todos... no hay razón para que yo sea también un traidor.

—¿Mataros? ¿Yo? ¿Qué tonterías son esas que dices ahora, «Silencioso»? —bromeó falsamente el enano, reculando aturdido.

—Tú me entiendes muy bien, puerco —silabeó ahora el albino pistolero con dureza.

—Eh, espera, no es lo que crees —agitó, angustiado, una mano—.

No, «Silencioso», no puedes inculparme a mí. Obedecía órdenes, simplemente. Yo... yo tenía que cumplir lo señalado por ellos...

—¿Ellos? ¿Super-2 y Super-1 tal vez? —habló desdeñoso el asesino a sueldo.

—Exacto, sí... —jadeó Inch, apoyándose en una mesa desnuda de objetos—. Yo te explicaré lo que...

«Silencioso» no había perdido de vista las manos de Inch un solo momento. Ahora, al apoyar su diestra en aquel tablero, su tensión y recelo aumentaron. Por ello descubrió a tiempo el resorte o tecla de igual color que, en un ángulo de la mesa, iba a tocar Inch.

Rápido, extrajo la mano de su bolsillo. Mostró esa mano armada con la poderosa automática robada a un federal. Encañonó a Inch, resueltamente.

—No vas a sorprenderme otra vez, sucio traidor —masculló—. En esta ocasión, vine prevenido...

Apretó el gatillo. Su disparo detuvo en seco la acción, de Inch. Una bala que penetra por el ojo de alguien y se lleva parte de su cráneo, volatilizando la masa encefálica al mismo tiempo, inevitablemente detiene cualquier acción. Fue hasta la mesa. Examinó la tecla. Se apoyó en donde se situara antes Inch, y presionó el resorte. Comprobó por sí mismo lo que Inch le había reservado.

Hubo un chasquido, y todo el suelo, en un amplio círculo, donde antes se hallaba «Silencioso» en pie, se tiñó de un rojo blanco, deslumbrante. El calor sofocó al pistolero que, echándose instintivamente atrás, arrojó al cerco rojo un libro de la estantería situada tras él. En escasos segundos, chisporroteó, ardiendo hasta convertirse en negras pavesas.

Aquel suelo era una perfecta parrilla, una plancha eléctrica de enorme potencia, capaz de achicharrar en pocos segundos a cualquiera que la pisase. «Silencioso» resopló, enjugándose el sudor. Cerró el resorte, y se apagó el rojo blanco del pavimento eléctrico. «Silencioso» sacudió la cabeza, perplejo. Debía tener mucho cuidado. Si la orden de muerte no partió de Inch solamente, ahora alguien más tendría doble motivo para eliminarle. Y, a juzgar por los recursos diabólicos de la organización, no eran ningunos ineptos en planear formas de muerte...

«Silencioso» estaba satisfecho en parte. Inch había caído en su lugar. Ya era algo...

Avanzó hacia la salida del camarín del refugio situado en el Punto Cero, donde habitualmente se había reunido él con Inch en otras ocasiones. Luego, recordó algo. Se volvió. Presionó una moldura de la pared. Cedió el panel, surgiendo ahora el mapa luminoso en el muro. Un mapa detallado de los Estados Unidos. Observó círculos rojos, adheridos de Nueva York, Boston, Washington, Chicago, Filadelfia, San Francisco, Los Angeles, Phoenix, Detroit... Círculos verdes en Oregon, en Carolina del Sur, en Nuevo México, Texas y en Florida... Círculos amarillos por doquier, en todos los estados.

—¿Qué diablos será esto? —se preguntó estupefacto.

—¿Le interesaría saberlo?

La voz había surgido a sus espaldas. Se volvió en redondo, con sobresalto, empuñando su arma y encañonando a quien había hablado.

Encontróse ante una figura sorprendente y fantástica. «Silencioso» emitió un silbido de estupor.

Era una alta figura envuelta en un traje semejante a los utilizados por los submarinistas para bajar a grandes profundidades: goma azul oscura, brillante, tersa, y de considerable grosor, totalmente cerrada por medio de cremalleras gruesas. Un casco de igual materia, ajustado a la cabeza, así como guantes y calzado de goma hermético. Bajo el casco, gafas como de motorista, con vidrios oscuros, curvados, grandes. Unos ojos fríos y casi invisibles. Debajo, una faz de goma azul oscura, cubriendo nariz, boca, mentón. Prácticamente, era un fantasma de goma azul, una figura totalmente envuelta en su sorprendente atavío, que le hacía irreconocible en todo punto: sexo, edad, apariencia física, facciones. Todo era un enigma en aquel ser que parecía de pesadilla...

No llevaba armas. Sobre el torso de goma azul, holgado y amplio, una letra y una cifra:

S-2.

—¿Super-2? —preguntó con frialdad «Silencioso», dominando su extrañeza—. Sí. Soy Super-2 —fue la respuesta.

—Superhombre Dos... —recitó «Silencioso», calculador.

—¿Quién le dijo eso? No dije que fuese un Superhombre, sino sólo «Super-2».

—Brian Kervin sabe qué es Superhombre. Sabe que hay Superhombres. En realidad, él parece saber más que yo de todo este

lío...

—Brian Kervin... De modo que estuvo con M-31.

Le tuvo prisionero, y logró escapar.

—Sí, en efecto. Ellos lo planearon para seguirme. Pero no caí en el cepo. Me evadí de su persecución, y ahora estoy libre, sin policías a mis talones.

—Evidentemente, es muy listo —la figura fantasmal, vestida de azul, paseó por la estancia—. Vino aquí, y mató a Inch...

—Era una cuenta pendiente. Tenía que hacerlo —observó las manos vacías, la aparente indiferencia de su interlocutor, su ostensible afán de no provocar violencias. El mantuvo, por contra, su automática fija en Super-2. Le interrogó—: ¿Va a censurarme lo que hice? Yo podría entonces...

—Nadie le censura nada —le atajó secamente su interlocutor—. Me ha evitado una tarea. Inch obró por propia cuenta al intentar matarles a todos. No fueron ésas las órdenes. Super-1 ha ordenado la ejecución de Inch. Yo le diré que usted lo hizo, y el asunto estará resuelto.

—¿De veras va a obrar así? —resopló «Silencioso»—. ¿No me engaña?

—Claro que no. No sea estúpido. No tengo ningún interés en engañarle, muchacho.

Usted puede suplir a Inch en las tareas de la organización. ¿Ve ese mapa?

—Sí... ¿Qué significan los círculos de distintos colores?

—Es muy complejo. Los círculos amarillos, significan que hay ya establecidos centros receptores de ondas electromagnéticas de nuestra Central A, para control remoto. Los verdes, que hay ya asalariados a nuestro servicio, preparando el terreno. Los círculos rojos, señalan ya focos organizados y a punto de actuar.

—Actuar..., ¿en qué?

—Eso es tarea nuestra —la figura de azul se irguió ante el pistolero rubio, como una fantástica estatua sin rostro. Inch se ocupaba de distribuir y planificar la extensión de nuestras acciones por la victoria final. Usted lo hará ahora. Tome uno de esos círculos rojos. Péguelo sobre Nueva Orleans. Justo sobre el círculo que señala la situación de la ciudad, ¿entiende? Y deje el círculo verde debajo...

«Silencioso» afirmó, con cierto entusiasmo infantil. Había temido tanto ser un sentenciado a morir... Era bueno que Super-2 le nombrara su segundo. Era lo mejor que podía ocurrirle.

Tomó el disco rojo. Avanzó. Adelantó dicho pequeño disco de plástico. Lo adhirió a la superficie de vidrio iluminado, justo sobre un disco verde.

Nada más hacerlo, supo que había cometido un error. Un grave error. Su último error...

Destelló el disco rojo en el vidrio, al contacto con el verde. Fue como un chispazo formidable. Las luces oscilaron. «Silencioso» dejó de serlo por un momento, al emitir un largo, angustioso, ensordecedor aullido. Sus manos ennegrecieron, su cuerpo vibró, golpeado por miles y miles de voltios, hasta volverse violáceo primero y luego negruzco. Cayó retorcido, carbonizado, al pie del mapa luminoso.

Erguida fuera de la plataforma metálica del suelo, donde «Silencioso» había recibido la carga de alta tensión de efectos mortíferos, la figura azul de Super-2 parecía perfectamente indiferente por la muerte atroz de su pistolero.

—Imbécil... —siseó la voz vibrátil, tras la máscara de goma azul—. No tenías cerebro ni ideas más que para matar a la gente, como una bestia sanguinaria...

Se acercó curiosamente a él. Los ojos astutos de Super-2, se sintieron inmediatamente atraídos por algo: aquella corbata abrasada, el alfiler de la corbata retorcido, negruzco... y los diminutos cables que brotaban del hueco donde poco antes había visto una simple piedra de adorno, ahora desaparecida...

Super-2 pareció saber inmediatamente lo que significaba todo aquello. Su tacto le reveló la presencia de una lámina sensible tras la corbata. Y allí, unos diminutos electrodos receptores, ahora carbonizados...

—Imbécil... —repitió furiosamente—. ¡Era una cámara de televisión viviente... y ni siquiera lo sabía!

Luego, con mayor furia, miró al mapa de la pared, preguntándose quién y en qué forma habría visto aquel revelador diagrama, a través de una pantalla de televisión... Rápidamente, Super-2 abandonó la estancia.

La pantalla continuaba oscura. Sin imagen alguna.

M-31

cerró el receptor, con un suspiro. Meneó la cabeza.

—Hubiera sido demasiada fortuna llegar más lejos —comentó—. Algo le ha ocurrido a «Silencioso». Creo que fue una descarga eléctrica, al situar aquel disco rojo sobre el verde. Acaso formaban un contacto de alta tensión...

—Lástima, Brian... ¡Gold sacudió la cabeza, pensativa! La bribona, en vías de regeneración desde que conociera a Brian Kervin, estudió aquel estuche ya inútil en manos de

M-31.

Pero viste a Super-2... ¿Te parece posible identificar a ese fantasmón?

—No, no será nada fácil... —Brian palmeó el muslo de Gold, y tomó de sus dedos bien manicurados la pequeña y sensible cámara fotográfica con la que Gold había estado captando imágenes del diminuto televisor, de acuerdo con sus instrucciones—. De cualquier forma, ahora tenemos ese mapa, con los círculos de distintos colores, y sabemos lo que significan, gracias a la gentileza involuntaria de Super-2. Es obvio que entonces no tenía la menor idea ese enmascarado de que nosotros estábamos enfocando a través de un micro-sistema de televisión cuantas imágenes veía el propio «Silencioso»...

—Brian, me asusta todo este caso. Es horrible, inquietante... Como una pesadilla. Esa gente, ¿qué busca, situando sus cuarteles y centros de control en todo el país?

—Es una de las cosas que nos falta por averiguar, aunque tengo una cierta idea al respecto. Y, muy especialmente, me fijé en un círculo rojo sumamente significativo, Gold.

—¿De veras? ¿Cuál, Brian?

—Uno que, al sur de Nueva York, cubría totalmente casi, la extensión de Atlantic Island, la pequeña isla situada frente a Atlantic City, en New Jersey.

—¿Y eso qué puede importarnos, Brian?

Kervin se lo explicó a la joven:

—Atlantic Island, mi querida Gold, por si lo ignoras, es el cuartel

pre-electoral, donde Randolph Randall piensa esperar los resultados de los primeros comicios...

—¡Cielos! ¿Eso significa...?

—Que el falso Randall, nuestro amigo, al actor Dudley Nichols, puede estar en muy grave peligro.

—Y también Venus —citó con cierto sarcasmo Gold, mirando a Brian recelosa.

—Sí. Y también Venus —rió Kervin, evasivo—. De cualquier modo, voy a ir allá. Esta misma mañana.

—Lo sospechaba desde que empezaste a hablar de eso —suspiró ella.

—No tengas celos la rodeó con su firme brazo musculoso. —Kervin manifestó con rudeza—: Tú vas a llevar las fotografías al FBI, para su revelado. Obtendrás también las copias de las radiografías y electroencefalogramas obtenidos en el Estudio de la televisión. Y me lo llevarás todo, en cuanto te sea posible, a Atlantic Island. Pearson te dará un permiso especial para volar con toda clase de preferencias, así como para tener acceso a la residencia de Randall en esa isla. Naturalmente, es una, residencia que pertenecía al auténtico Randall. Un paraíso de millonarios...

CAPÍTULO IV

ATLANTIC ISLAND

Estaban en el mismo lugar que al principio.

Con desaliento, las manos de Kervin dejaron caer sobre la mesa radiografías y encefalogramas. La exclamación brotó amarga y cansada:

—Nada...

El silencio resultaba decepcionante. Venus Vaal, Gold y Randolph Randall, en la persona de Dudley Nichols, cambiaron una ojeada de desaliento.

—Cielos... —comentó el supuesto Randall—. ¿Absolutamente nada, Kervin?

—Nada en absoluto. En el cerebro de Mulhouse no hay nada anormal. La mancha que citó Pearson no existe ahora. Es perfectamente normal en ese sentido. En cuanto al encefalograma, es en todos sus aspectos de resultado normalísimo. Mente equilibrada, buen sistema nervioso, normalidad en sus reacciones e ideas... Desconcertante.

Dudley Nichols asintió lentamente, con aire de decepción, como todos ellos. Luego, miró a Gold.

—¿No hay posibilidad de que esas pruebas hayan sido suplantadas en los laboratorios federales, o entre ellos y esta casa? —indagó.

—En absoluto —rechazó Gold—. Han venido conmigo en esa valija especial, a prueba de robos y de cualquier otro riesgo. Nadie pudo haberlo cambiado... excepto yo.

Sonreía de modo tan angelical, que nadie hubiera podido pensar, pese a haber sido en su vida anterior un delincuente habitual, que sus manos hubiera profanado el *top secret* del envío federal a Kervin.

—Todavía hay alguna esperanza —añadió Venus—. «Está Victrix...».

—Siento informarles —dijo Gold fríamente—, que Victrix murió sin que pudieran los expertos desbloquear su mente. Brian, eso me ha

informado tu jefe. Las emisiones magnéticas de sus jefes la controlaron hasta el fin. Su cerebro sufrió un derrame... y acabó todo.

—Cielos... —Venus Vaal inclinó la cabeza, aturdida.

—Estoy asustado, Kervin —se frotó Randall bis su mandíbula pensativo—. La verdad... Yo no soy un político ni un millonario. Sólo un actor. Preferiría volver a mis escenarios. Este papel me preocupa. Y el drama que usted me ofreció interpretar, empieza a aterrorizarme...

—Lo comprendo. Tenga calma aún... —Estudió, ceñudo, las radiografías, los encefalografías. Los golpeó, reflexivo. Finalmente, se incorporó, aludiendo por un igual a Venus y a Gold, sus dos damas. Indicó al falso candidato—: Cuiden usted y Venus de Gold, en tanto regreso a Washington por vía aérea. Volveré lo antes que pueda.

—Y que sea pronto —murmuró Gold, bajo una mirada de mal contenidos celos por parte de Venus, su rival.

Poco después, Atlantic Island quedaba atrás, y un avión especial devolvía a Kervin a la capital federal. Dos mujeres igualmente hermosas, e igualmente interesadas en el Agente Especial M-31, siguieron con ojos pensativos y profundos la evolución del reactor oficial, por encima de la isla, hasta perderse en la distancia.

* * *

Gold sabía ya por Kervin que había peligro latente en la isla. Por alguna razón, los Superiores habían establecido allí, o muy cerca, una de sus células de control. La muchacha de oro se preguntaba qué significaría aquello exactamente. La Macrohumanidad imaginada por un supertécnico fabuloso, empezaba a causarle náuseas. Alguien, en la sombra, aquél a quien llamaban Super-2, movía los hilos de la trama, pero ¿quién era?

De su terraza, salió a la piscina de Atlantic Island. La rodeó, paseando calmosamente. La silueta del supuesto Randall, era visible allá, en su alojamiento personal. Inclinado sobre algo. Leyendo o estudiando, para no cometer errores en su interpretación.

Gold se encaminó a una zona en sombras. Se sentó bajo un toldo, relajándose. Hacía calor, y no tenía sueño.

De repente, irguióse, con sobresalto, pero sin ruido.

Las aguas de la piscina... Se agitaban, como formando un torbellino suave... Algo, al fondo de la piscina, cedía lenta, inexorablemente... ¡El piso de la piscina era deslizante, y se hundía en el muro!

De las aguas, emergió algo: una especie de boya flotante, circular, bastante amplia y de color azul verdoso, como las aguas.

Inesperadamente, Venus apareció, caminando despacio por el sendero. Iba rígida, como en trance. Llegó ante el borde de la piscina. Miró la forma circular. Ésta avanzó hacia la orilla. Al poner sobre ella su pie Venus, se deslizó una tapa superior. Reveló la boya un compartimiento interior. Venus se introdujo. Cerróse la tapa sobre ella.

Otra vez el torbellino. Y la forma desapareció en las aguas, volviendo al fondo a su posición normal. Gold pestañeó.

¿Qué era todo aquello? ¿Qué estaba sucediendo en Atlantic Island? ¿Formaba parte Venus de algún complot contra el falso Randall? Eso no parecía tener sentido, pero...

Tomó una rápida decisión. Se despojó de sus ropas. Lanzóse, con sus prendas íntimas, al agua de la piscina. Se sumergió, tras tomar aire. Llegó al fondo. Buceó, rebuscando por doquier El suelo parecía natural, sólido. Pero ella sabía ahora que no lo era. Volvió a la superficie. Tomó aliento de nuevo, y regresó al fondo. Nueva búsqueda. Y, por fin, algo: un saliente, una moldura, como un mosaico mal ajustado. Presionó sobre ese punto, con insistencia.

Hubo un leve zumbido. El fondo de la piscina empezó a deslizarse bajo sus piernas. Su cuerpo buceó, tratando de eludir una succión que brotaba del fondo, junto con una vorágine de agua turbulenta.

No pudo luchar con eso. Fue absorbida. Quiso respirar, pero no le era posible. Le zumbaron las sienes. Perdió la noción de todo, arrastrada hasta el fondo, hasta la oscuridad.

* * *

—De modo que lo ha descubierto...

—Sí. Ha encontrado el acceso al Refugio Número Uno...

—Eso significa...

—Significa que tiene que morir. Ahora mismo.

Gold se estremeció. Era terrible oír esas palabras. El que hablaba,

era el misterioso Super-2, con su atavío hermético de goma azul. Quien atendía sus palabras y dialogaba con él..., una mujer.

Una desconocida, hermosa mujer de cabellos azules y tez cobriza. Fría y desprovista de toda emoción aparente. Gold conocía desgraciadamente la especie. Una Ejecutora por control remoto. Una máquina de matar, en manos de Super-2.

Más allá, Venus aparecía tendida en una mesa de operaciones, donde en vez de instrumental quirúrgico, se acumulaban materiales electrónicos, computadoras y controladores cibernéticos.

—Venus... —musitó—. ¿Qué van a hacerle?

El diabólico ser de desconocida identidad, se acercó a ella con rigidez. La contempló desde su invisible rostro. La voz sonó metálica disfrazada:

—Será de nuevo una criminal. Dirigida por mí. La Muerte Remota... Contigo no puedo ni siquiera intentar nada. No quiero riesgos. Debo ejecutarte, mujer. Por curiosa, has llegado a saber demasiado.

—Y esto... esto es... El Refugio Número Uno... —Tembló Gold—. La guarida...

—Momentáneamente, al menos —asintió el personaje desconocido.

—Si he de morir, me gustaría saber todo lo que me rodea... —jadeó ella, abriendo mucho sus ojos—. Una sola cosa, me haría feliz: ¿quién es usted?

—Eso nadie puede saberlo —fue la respuesta.

—¿Nadie? —Gold estaba libre de ataduras. Simplemente, tendida sobre una mesa de vidrio y metal. Bruscamente, sus uñas se lanzaron hacia la caperuza de goma azul.

Super-2, retrocedió vivamente, con una sorda imprecación. Gold solamente tocó su máscara, con las uñas bien manicuradas. Fue suficiente. Como si un gas corrosivo de alto poder se hubiera materializado de súbito en la superficie de goma azul, hermética, ésta empezó a disolverse, a gotear, primero hecha gelatina, luego líquido humeante y, por último, simple gas azulado que se diluía en el aire luminoso, espectral, del refugio oculto.

Retrocedió Super-2 con angustia, reflejando el horror en sus ademanes. La máscara caía, se diluía, dejaba ver al fin un rostro, entre neblina de vapores. Aunque lanzó un aullido, tratando de cubrirse, ya Gold había descubierto su identidad.

—¡Usted! —gritó agudamente—. ¡DUDLEY NICHOLS, EL ACTOR! ¡El

doble de Randall...!

—¿Cómo...? ¿Cómo pudo hacerlo? —jadeó roncamente el actor, mirándola furioso.

—Mis uñas... —sonrió ella, agresiva—. Era un secreto. Entre Kervin y yo. Llevo un ácido disolvente, un corrosivo para protegerme de cualquier peligro... Pensé que valdría... para esta ocasión...

—No va a servirle de mucho, Gold... Se llevará el secreto a la tumba...

—Pero al menos, sé quien es usted... ¿Cómo fue posible? Todos creían que Mulhouse...

—Las radiografías y encefalografías... fueron cambiados —susurró Nichols—. Eran míos, no de Mulhouse... Yo soy el Superior...

Ahora comprendía Gold muchas cosas. Aquel vasto plan del hombre que fingía ser un simple actor en una misión patriótica... Nichols era, en realidad, alma y cerebro de una terrorífica organización casi futurista. Un tirano en potencia, con su mente desequilibrada por la sed de poder. Rico, ambicioso, astuto y despiadado, luchaba por dominar al país, ser su Presidente y, una vez en la cima, descargar un alucinante golpe de Estado con sus «criaturas de la Muerte Remota», y sus medios de ciencia-ficción. Conquistando los Estados Unidos, conquistaría el resto del mundo. Aquélla era la gran plataforma a sus ambiciones..., y a sus sueños diabólicos de superhombre, creador de nuevos imperios siniestros.

—Es el fin, Gold. Tiene usted que morir —dijo Nichols, el gran falsario que engañó a todos, en un doble juego alucinante de personalidades ficticias—. El frío absoluto la aniquilará silenciosa y brevemente...

Se aproximó a ella. En sus manos, unas varillas de vidrio despedían azulados destellos de muerte que pronto circularían por el cuerpo de Gold, congelándolo...

* * *

La explosión hizo reventar las varillas entre sus dedos. Nichols emitió un agudo grito de horror. Se tornó totalmente azul, progresivamente. Despidió un vaho gélido, hasta que quedó convertido en una estatua de hielo.

Gold no entendió hasta volver la cabeza, y ver aparecer a Brian

Kervin, con un tubo metálico en sus manos, en una compuerta metálica del muro. M-31 la acogió en sus brazos. Sonrió, besando sus labios carnosos.

—No me marché de la isla. Sólo lo fingí... Sospechaba la verdad. Y vigilaba... En tu corpiño introducimos un sistema especial de radio y de emisión de ondas especiales, que nos guiarían adonde estuvieras, si algo te sucedía... Así ocurrió esta noche, y te seguí hasta aquí sin dificultades... bajo la piscina de Nichols... Vamos, Gold. Hay que rescatar también a Venus de esa mesa, y volver arriba, a explicar todo a quien procede. Espero que Mulhouse sea un buen presidente..., y se encuentre una explicación plausible al fin definitivo del candidato Randall... que no era Randall.

—Venus... es mi rival —se quejó Gold—. No me gusta que vuelva a serlo...

—No podemos dejarla aquí —rió

M-31,

divertido—. ¿Quién sería capaz de olvidarse de una mujer hermosa, sea del color que sea su cabello y el tono de sus ojos, querida...?

—Eres incorregible —suspiró ella—. Las damas te buscan para asesinarte..., y tú te dedicas luego a dar celos a todas ellas...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Aproximadamente, un metro treinta y cinco centímetros. < <

[2] Inch: Pulgada, en inglés. Es obvio el sentido del nombre o apodo
del enano, en este caso. < <

[3] Alusiones a la Agencia del Crimen MOB, y a los personajes de otras obras de

M-31,

ya publicadas, como son Contra la Doctora Muerte y Jaque Mate.

< <

[4] Alusión al filósofo alemán, en cuya obra se cita con frecuencia al superhombre, como simple y directa superación del hombre, por sí mismo, por la perfección mental, física y racial. Nietzsche influyó mucho en las teorías hitlerianas, aunque la aplicación de la filosofía del genio fue errónea. < <